



T. N. HAWKE

Deseada por su
LOBO

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #7



DESEADA POR SU LOBO

T. N. HAWKE

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #7



ÍNDICE

[Sobre este libro.](#)

[Agradecimientos.](#)

[Capítulo 1: Adele.](#)

[Capítulo 2: Aaron.](#)

[Capítulo 3: Adele.](#)

[Capítulo 4: Adele.](#)

[Capítulo 5: Aaron.](#)

[Capítulo 6: Adele.](#)

[Capítulo 7: Aaron.](#)

[Capítulo 8: Adele.](#)

[Epílogo: Capítulo 9: Aaron.](#)

[Epílogo II: Capítulo 10: Keo.](#)

[Sobre la autora: descubre más de la Saga Green Valley y otros libros.](#)



Sobre este libro

Copyright © del libro: Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2019.

Todos los derechos reservados.

Copyright © de la portada: imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay y sus usuarios. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.

Este libro es pura ficción. Cualquier coincidencia con nombres, lugares, o hechos, es totalmente arbitraria.



Agradecimientos

Amis hermanas CC.

No sé cuántos libros os habré dedicado ya, pero os los merecéis todos. Vuestra amistad alegra mis días y es una de las mejores cosas que me han pasado en la vida.

Quién me diría a mí que aquél Foro en el compartíamos nuestra pasión por los libros vería nacer una amistad que perduraría durante tantos años, y que volvería a encontraros de nuevo tras perderos la pista y a disfrutar de vuestra presencia en mi vida cada día de la misma, aunque sea a través del teléfono.

Nos os cambiaría por nada.

Os quiero, CCazadoras.



love



El último de los hermanos Wolf, pero no el último de los Cambiantes de Green Valley, lugar del que me he enamorado conforme ha ido cogiendo forma, consistencia e historia en cada libro.

Y al que volveré algún día.

Gracias por acompañarme en este viaje y, si quieres estar al tanto de nuevas entregas de esta saga o de nuevas novelas de romance paranormal, no te olvides de darle al botón de «seguir» en mi perfil de Amazon o de seguirme en mis Redes Sociales.

Un gran abrazo para ti, lector.

Mil gracias de nuevo.

T. N. Hawke.



Adele

El despertador suena, como siempre, a las cuatro y media de la mañana.

Y, como siempre, me cuesta levantarme horrores a pesar de haberlo hecho a exactamente la misma hora durante años.

Apago el dichoso sonido y escondo la cabeza bajo las mantas queriendo quedarme aquí un rato más y sabiendo que tendré que levantarme en pocos minutos y arreglarme para ir a la pastelería si no quiero llegar tarde.

Esta mañana abro yo, y no quiero dejar a Cecile esperando en la puerta a que llegue. Todavía hace frío y aún ni siquiera ha amanecido y aunque mi prima, siendo Cambiante como es, no nota el frío tanto como lo hago yo o lo haría un humano, a Cecile nunca le ha gustado la humedad helada y la oscuridad del invierno en Green Valley y además se pone nerviosa si está sola.

No amanecerá hasta dentro de unas horas, y el cielo todavía está oscuro cuando me levanto por fin de la cama y voy hasta la cocina a hacer café.

Mi apartamento, situado en la quinta planta de uno de los edificios históricos del centro, es una de mis mayores alegrías.

Me ha costado años de trabajo y duro esfuerzo poder comprarlo y reformarlo y, aunque mi Clan se había ofrecido a ayudar como se hacía siempre con los más jóvenes (haciendo una colecta para que pudiesen adquirir su primera vivienda o independizarse con su primer alquiler), a mí me enorgullece el hecho de que he logrado pagar por él yo misma sin apenas necesitar ayuda para ello.

El tío Gerard, que es arquitecto, me hizo los platos de la reforma a precio de coste a pesar de mi insistencia en pagarle hasta el último céntimo de sus considerables honorarios; y mis familiares restantes, no contentos con no formar parte de un momento tan importante para mí como lo era el haber logrado por fin tener mi propio hogar fuera de la casa de mis padres (que siempre será mi primer hogar), insistieron en colaborar en la reforma y posterior decoración del apartamento.

Así que es todavía más especial para mí.

La zona principal del piso tiene la planta abierta, con la cocina ocupando un espacio en forma de *u* a la izquierda de la entrada principal y una isla central con encimera de madera y taburetes

separando esa zona de la del comedor, que está decorada con una gran mesa de madera que las tías Leandra (que es de los Osos Polares) y su Emparejada la tía Augusta, hermana mayor de mi madre, habían diseñado y construido para mí; y sillas de madera blanca que me regaló la prima Haley, que las había encontrado en una tienda se segunda mano y las había pintado durante sus ratos libres.

En la pared opuesta al comedor, a la derecha de la entrada, está la zona del salón, donde un gran sofá blanco (para horror de mi madre, que se había quejado de que ese color era una pésima elección para un sofá) ocupa casi toda la zona frente a una mesa de centro de madera natural tallada al estilo étnico importada de la India y un mueble bajo de televisión de madera blanca y puertas en madera de haya natural.

Tras el arco con molduras de madera que separa el pasillo del salón, hay dos dormitorios, un aseo, un baño, y mi vestidor.

Y todas las habitaciones están llenas de frondosas plantas de hojas grandes y verdes y enormes ventanas al estilo francés.

En definitiva, mi apartamento tiene un estilo luminoso en lo que mi prima Cecile describe como «boho-nórdico», que es el que más me gusta, y el esfuerzo conjunto de mi familia por ayudarme a lograr un ambiente hogareño y lleno de recuerdos en el mismo es lo más especial del lugar al que llamo hogar.

Me dirijo al baño mientras la cafetera calienta el agua a darme una ducha rápida.

No tardo más de cinco minutos porque me lavé el pelo la noche anterior y, aunque como siempre es un completo desastre lleno de electricidad estática que más parece una melena de león que otra cosa, me limito a recogermelo en una coleta porque no tengo ni ganas ni tiempo de planchármelo o rizármelo como toca para estar más presentable.

De todas maneras voy a pasarme el día en la cocina de la pastelería haciendo pan y dulces, así que me importa un comino que mi pelo no esté perfecto.

La mañana está tranquila.

Desayuno mi café con leche y una magdalena rellena de nata que sobró de la pastelería el día anterior en la mesa que hay junto al sillón, frente a uno de los ventanales que dan a la calle, y miro con ojos adormilados las luces amarillas de las farolas, disfrutando de esa quietud y calma extrañamente nostálgica que tiene una ciudad que todavía está dormida.

Mientras, veo un par de vídeos de YouTube de mis canales favoritos sobre estilo de vida y cocina y me relajo hasta que el café me hace efecto.

Mi teléfono móvil suena de nuevo, avisándome con su segunda alarma de que es hora de que termine de arreglarme para ir a la pastelería, así que con un suspiro recojo los platos y la taza y les doy un rápido enjuague en la pila antes de ir a la habitación que hace unos años convertí en el vestidor de mis sueños y elegir el conjunto del día.

Me gusta la moda vintage.

Las faltas *midi*, las camisas con mangas abullonadas, los botones dorados o de perlas, los vestidos de estilo años cincuenta,... mi armario se compone principalmente de piezas que he ido coleccionando a lo largo de los años. Algunas compradas en tiendas de Etsy y otras en rastrillos de segunda mano, y todas ellas procuro que sean de suficiente calidad como para que me duren.

Hace años que renuncié (o lo intenté, dado que a veces todavía me dejo seducir por la belleza de los diseños y acabo comprando algo) a la moda rápida hecha fundamentalmente de plástico y a las grandes tiendas de ropa que se dedican a explotar a la gente de países pobres y que son, en gran medida, causantes del microplástico que contamina el aire del planeta.

Y me costó mucho llegar al estilo de vida que llevo hoy en día, tranquilo y consciente.

Esa mañana, meto en la mochila una larga falda marrón que me pondré sobre unas medias y botines negros, una camisa negra y un suéter de punto en blanco que llevaré encima de la misma porque, aunque la primavera esté llegando a Green Valley, todavía hay frío en el aire.

Y me pongo para trabajar un par de vaqueros con deportivas blancas que han visto días mejores y un suéter viejo lleno de manchas que nunca se le van del todo.

No tardo mucho en maquillarme. Sombra marrón difuminada alrededor de mis ojos marrón oscuro, máscara de pestañas, labios color coral para ese día y colorete a juego.

Y salgo de casa a las cinco y cuarto, sabiendo que caminando como suelo hacerlo llegaré a la pastelería a las cinco y media como muy tarde, ya que no vivo muy lejos.

En resumen, es una mañana como cualquier otra, con mis rutinas usuales y sin ningún cambio relevante.

O al menos lo es hasta que llego al puente que cruza el parque del río viejo, reconvertido hace años en un jardín después de construyeran el trayecto del nuevo cauce para evitar inundaciones, y me encuentro cara a cara con una Alfa Bisonte en su forma animal parada en mitad del mismo y bloqueando el camino.

Y, para colmo, es Feral.

Mis pies se detienen y se niegan a moverse.

Me quedo clavada allí, mirando a la enorme Feral, que se gira y me devuelve la mirada con unos intensos ojos negros cargados de curiosidad y, afortunadamente, sin una pizca de violencia en su aura.

Trago saliva y les ordeno a mis piernas moverse y a alejarse a pasos cautelosos hasta estar fuera de peligro, pero mi cuerpo se niega a obedecer.

Durante toda mi vida, he escuchado a mi familia y amigos decir que los Ferales son peligrosos e imprevisibles y que nunca nadie, pero especialmente la tía Kiara y yo, debíamos acercarnos a ellos.

Pero, cuando miro a los ojos de esta Feral, lo único que veo en ellos es soledad y tristeza.

No violencia, ni odio, ni rabia como dicen las historias.

Ni confusión e inquietud agresiva cuando huele mi aroma a Recesiva.

Solo una profunda y desesperada soledad.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, mirándonos a los ojos sobre el puente, solo nosotras dos y el sonido del viento meciendo las hojas del parque que hay a nuestros pies, solo que mi móvil suena interrumpiendo el momento que parece detenido en el tiempo y que la Alfa se sobresalta, irguiendo el cuello en un resoplido molesto pero, por suerte, todavía sin violencia a la vista.

Cojo el teléfono y me sorprende que mis manos no tiemblen del susto que me acabo de llevar.

La Bisonte sigue sin moverse, y yo todavía soy incapaz de dejar de mirarla con ojos como platos y de mover las piernas que parecen congeladas en el sitio.

La voz de mi prima Sarah es demasiado ruidosa en el silencio nocturno.

—Oye, ¿sabes cuál es el año en el que el Consejo de Gobierno de la ciudad prohibió el uso de petardos y fuegos artificiales sin permiso explícito de la policía? Me lo preguntan en el dichoso ejercicio este y no encuentro la información en Internet. Ah, y por cierto, buenos días, doña madrugadora. —Mi prima se apresura a añadir la última parte como si se acabase de acordar de que son las cinco de la mañana ahora mismo.

Está estudiando de nuevo en la universidad tras haber cogido unos cuantos años sabáticos después de haber tener una crisis durante la cual no sabía qué era lo que quería realmente hacer en la vida, y la carrera de historia se le hace cuesta arriba así que sé que terminará cambiándose de especialidad otra vez tarde o temprano, pero Sarah es demasiado obstinada como para ceder sin intentarlo hasta el final.

Ni siquiera ante sí misma.

No le gusta perder.

No me extraña que esté haciendo el trabajo que seguramente tiene que entregar en unas horas a estas horas de la mañana porque anoche todavía estaba en casa de la tía Beth bebiendo vino cuando me despedí de todos para irme a dormir.

—No tengo ni idea. Búscalo en Internet. —Le digo incapaz de apartar la mirada de la Bisonte, que ladea la cabeza al mirarme y, para mi total y absoluto horror, da unos pasos hacia mí que resuenan como truenos sobre la madera del puente.

Debe de pesar varias toneladas.

Nunca había visto una Cambiante tan grande.

Bueno, mentira, una vez vi a uno de los Osos pardos Cambiados mientras cruzaba la carretera tras volver de Edmonton. Y esos son enormes, en especial Nina Bear, que es su Alfa.

Pero jamás había visto uno así de cerca. Y la Bisonte es una Alfa también, con lo que es más grande que incluso un cambiante normal.

—Pero si te acabo de decir que.... Espera un segundo, ¿estás bien? —Me pregunta Sarah tras hacer una pausa, tan perceptiva como siempre. —¿Te pasa algo? Te noto rara.

Mi prima me conoce muy bien.

Es una de mis mejores amigas y nos hemos criado juntas, así que no me extraña que haya podido intuir que me pasa algo.

La Alfa de Bisonte se detiene frente a mí.

Me siento insignificante ante ella. Es inmensa y poderosa y puedo percibir que me saca bastantes años de diferencia.

A pesar de ser Feral, noto con sorpresa que hay un aura de sabiduría a su alrededor.

—¿Addie? Oye, ¿estás ahí? ¿Qué ocurre? ¿Dónde-...

Cuelgo el teléfono sin pensar porque la voz de Sarah parece molestar a la Alfa, que olisquea el aparato y resopla de mala manera cuando escucha la voz de mi prima saliendo de él.

—Vale. —Susurro no queriendo alterarla. Los ruidos fuertes, deduzco, la molestan. Mi prima puede tener una voz bastante chillona cuando se altera. Como yo. —Está bien. No pasa nada. Cálmate, Adele. Seguro que no pasa nada.

Ella inclina la cabeza y resopla suavemente sobre mi rostro, y mis fosas nasales se llenan del olor nada agradable de su aliento y de su aroma corporal a animal salvaje.

Trago saliva e intento pensar en cómo salir de esta.

Soy una persona tranquila. Con una vida pacífica y rutinaria y sin muchas emociones.

Y me gusta que sea de esa forma. Me siento cómoda en la rutina de una vida normal y amo mi trabajo sin importar lo duro que sea siempre el levantarme a estas horas.

Mis mayor aventura consiste en colaborar con el Proyecto Refugio, que nació de la esperanza de que el tío Bert, que volvió a Green Valley nada más y nada menos que de la mano de una Pantera que además es la hermana del tío Raoul (Emparejado de la tía Annabelle, prima de mi madre, que es una Reno como la mayoría de los miembros de mi familia) hace unos días, algún día volviera a casa, y tras deducir que necesitaría provisiones de ser así para mantenerse con vida en la tundra.

Nunca perdimos la esperanza de que volviera a casa. Ni él ni cualquier otro Feral.

Y nunca nos hemos tragado las historias que dicen que es imposible que un Feral vuelva en sí, porque mi gente, desde hace muchas generaciones, tiene leyendas que apuntan a lo contrario.

La Bisonte vuelve a resoplar, y yo tengo la sensación de que me está diciendo algo que no comprendo hasta que olisquea mi ropa y suelta un nuevo resuello y me mira a los ojos con intensidad.

En ese momento, recuerdo que mamá me había contado que su hermano no había vuelto a casa solo con su Compañera, sino que Sorren y la Compañera de éste, una Antílope, los habían acompañado en el trayecto de vuelta.

Junto a una manada de Ferales cuya Alfa es una Bisonte.

—Oh. —Digo de pronto relajándome un poco ahora que creo que ella debe de haberse acercado a mí porque puede oler la relación familiar que tengo con el tío. —Eres la Alfa del tío Bert, ¿verdad?

La Bisonte resopla de nuevo, esta vez con alegría, y yo tengo la sensación de que me está diciendo que quiere ver al tío y que ha reconocido el nombre.

Lo último que supimos de los Ferales es que se estaban quedando en el territorio de los Wolf, así que ella debe de haber bajado desde ahí y recorrido la ciudad hasta el centro de la misma buscando a su amigo Reno.

Según nos contó el tío, él y su Alfa Bisonte tenían una relación muy cercana a pesar de no ser Predestinados.

Siento mis músculos destensarse y me recorre una oleada de alivio ahora que sospecho que la Alfa no me va a atacar.

—¿Has venido a buscar al tío?

La Bisonte me mira sin comprender.

—¿Bert? —Pregunto simplificando, y ella resopla de nuevo y sacude la cabeza como si estuviera diciendo que sí, claramente reconociendo el nombre de mi tío.

—Ya veo. —Suspiro de alivio, sonriente. —No te preocupes, seguro que él se alegrará de verte. Ahora mismo lo llamo.

Son poco más de las cinco de la mañana y me sabe mal molestar al tío y a su Compañera a estas horas (quién sabe cuándo se habrán ido a dormir después de la fiesta, que ya va siendo la cuarta desde que volvió, que una de mis tías montó en su honor para celebrar su vuelta a casa), pero dudo de que la Bisonte se vaya a marchar de vuelta al bosque sin más.

Y además me da tanta pena.

La soledad que hay en sus ojos me produce una tristeza empática.

Se nota que echa de menos a su amigo Reno.

El tío coge el teléfono después de que suene durante un buen rato, cuando yo ya creía que no lo iba a hacer.

—¡Endemoniado trasto! —Grita con irritación. —¿Quién es? Karen, esta cosa no funciona. ¿Me oyes?

Estoy a punto de abrir la boca cuando el tío se pone a gritar de nuevo.

—¿HOLA? —Chilla a pleno pulmón, y yo alejo el móvil de mi oreja por miedo a quedarme sorda de ese oído.

—Tío Bert. —Intento interrumpir su retahíla de quejas y escucho a su Compañera de fondo decirle que preste atención al aparato y deje de gritar con un gruñido.

—¿Qué? ¿Quién es?

—Tío Bert. Soy yo, Adele.

—¡Addie! ¡Pequeña! —Exclama mi tío gritando todavía. Ni siquiera me hace falta acercarme el teléfono al oído para escucharle. —¿Qué pasa? ¿Por qué llamas? ¿No te ibas a dormir?

Hace poco que mi primo Zain le regaló a los tíos un Smartphone, pero él no se aclara todavía con la pantalla táctil. Su Compañera tiene más habilidad para entenderse con las nuevas tecnologías, por lo que he escuchado decir a varias de mis primas, que son casi todas unas cotillas.

Es comprensible, pienso yo, que les resulte difícil adaptarse a la tecnología más moderna dados los años que han estado Perdidos como Ferales quién sabe dónde.

—Lamento llamaros a estas horas. —Sé que mi tío y mi nueva tía Karen se están quedando en casa de la tía Beth por ahora, porque Zain subió ayer un post a Instagram haciéndose una foto con ellos, así que me alivia que no estén lejos.

La tía Beth y su familia viven a apenas cinco minutos de aquí a paso rápido.

—No pasa nada. ¿Ha ocurrido algo? —Me interrumpe de nuevo el tío en voz más baja ahora que su Emparejada lo ha reñido por chillar. Otra vez.

—Tu amiga la Alfa Bisonte está aquí conmigo, y está preguntando por ti... O eso creo.

Miro a la Alfa de reojo, pero ella está ocupada olisqueando mi teléfono y moviendo las patas con excitación como si reconociera la voz del tío.

Sus pisadas hacen un ruido contra la madera que me recuerda al sonido de un tambor.

Uno bastante grande.

—¿Contigo? ¿Cómo que contigo? Espera, ¿estás con los Wolf allí arriba en su territorio? — Antes de que pueda negarlo y decirle al tío que estoy en el puente mayor que cruza el parque por encima, él ya está sacando sus propias conclusiones. —¡Anastasia! —Exclama llamando a su hermana, otra de mis tías, que por el ruido que hay de fondo deduzco que acaba de entrar en la habitación a ver de qué va todo el jaleo. —¡Nuestra Adele por fin se nos ha Emparejado con el chico Wolf!

Se me queda pegada la lengua al paladar de la consternación y la vergüenza que siento en estos momentos.

No entiendo cómo ha llegado a esa conclusión.

Con la cara roja hasta las orejas, intento negar las palabras del tío Bert a toda prisa con voz entrecortada pero firme, pero mi familia, como siempre, está montando un drama incontrolable de una suposición que no es ni siquiera correcta o realista.

—Tío Bert, que no...

—¡Está en la casa Wolf! —Me interrumpe gritando el tío, y me doy cuenta de que se lo está diciendo a Zain y a la tía Beth y a quién sabe cuántos más, deduzco cuando escucho la voz de mi primo de fondo decir alegremente que va a llamar a su amigo Aaron para felicitarlo.

El pánico que siento en esos momentos es tal que no lo he sentido nunca hasta ahora.

Ni siquiera aquella vez durante una tormenta de nieve que nos pilló desprevenidos cuando íbamos en los *quads* a visitar uno de los refugios.

—¡Espera, no! —Grito fútilmente. —¡Eso no es así! La Alfa está aquí, en la ciudad.

Pero mi voz se pierde en la algarabía de voces que se ha vuelto mi familia.

La Bisonte me mira con curiosidad y me da un lametón en la mejilla, llenándome de babas que no huelen precisamente a rosas, al parecer intentando consolarme. Mi estrés debe ser evidente.

—¡Addie! ¡Lo sabía! Acabo de ganar otra apuesta. ¡Ja! Kiara me debe dinero otra vez.

Oh, Espíritus, no. Gimo internamente.

Es la tía Vivienne, que debe de haber estado quedándose en casa de la tía Beth tras la fiesta. O quizá ni siquiera hayan acabado todavía de celebrar. No me extrañaría nada.

Yo me fui pronto porque tenía que trabajar, pero muchos de los miembros de mi amplia familia decidieron alargarla hasta el amanecer.

Al parecer, no iba en broma.

Eso me faltaba.

La tía Viv es una de las chismosas más incorregibles de la familia, y no dudo de que esto acabará en sus cuentas de Internet, en las que la siguen miles de personas de la ciudad, a no ser que logre esclarecer el ridículo malentendido antes de que ella haga algo impulsivo y poco sensato.

Cosa que sucede a menudo.

—Tía, no, eso no es lo que pasa. —Me apresuro a decirle, porque está claro que ha cogido el teléfono de las manos de Bert mientras su hermano está ocupado diciéndole algo al resto de la familia con voz excitada.

Y mucho me temo que ese algo que está contando me va a causar todavía más problemas.

Espíritus, espero que Aaron Wolf jamás sepa nada de esto, o me moriré de la vergüenza.

Jamás podré volver a mirar su hermoso rostro sin desear que la tierra se me trague.

No es que él siquiera sepa que existo, y suelo verlo solo desde lejos y a través de fotografías en Internet, pero en caso de que nos crucemos sé que no seré capaz de mirarlo sin que me dé un ataque de vergüenza.

Y tampoco podré asomar la cabeza en la ciudad durante un buen tiempo cuando se descubra que ni estoy Emparejada con él ni él sabe nada de ello.

Ya puedo escuchar las habladurías y sentir las miradas burlonas en mi piel.

Mi familia tiene una habilidad para liar las cosas y sacarlas de contexto que más de una vez he pensado que debe de ser un don sobrenatural.

Porque ciertamente no es normal.

—¡Pregúntale para cuando es la Ceremonia de Emparejamiento! Tengo que comprarme un

vestido nuevo. —Escucho decir a la tía Beth de fondo.

—¡Deja de gritarme en el oído! —Exclama irritada la tía Viv cortándome otra vez cuando intentaba aclarar las cosas. —Ya sabía yo que ese chico no podía ser tan bobo como para no darse cuenta de que estáis hechos el uno para el otro. —Prosigue Vivienne ignorando mis intentos por negar las suposiciones del tío Bert. —Y que tú algún día encontrarías el coraje de encontrártelo cara a cara en vez de escurrirte como una Comadreja para mirarlo embobada sin que te viera cada vez que veías al chico a lo lejos.

—Tía Viv. —Protesto con voz débil y ansiosa. —De verdad que eso no es así, Aaron Wolf y yo no-

—Que sí, que ya lo sé. —Me corta la tía. —Mira, no digo que no fuese adorable ver cómo te ponías como un tomate cada vez que tu primo mencionaba el nombre de su amigo en una conversación, pero ya iba siendo hora de que pasaras a la acción, cariño. Que las fantasías están muy bien pero un buen revolcón real no se les compara.

—¡Tía Viv! —Protesto sofocándome.

La Alfa vuelve a lamerme la cara y resopla a centímetros de mi nariz, y su aliento me marea. Toso para quitarme el olor de las fosas nasales y de la garganta y sacudo una mano frente a mi rostro abanicándome para espantar el aroma de su aliento.

—Vivienne. —El corazón se me detiene cuando escucho a mi madre protestar. —No le hables así a mi hija, pervertida. Y pásame el teléfono.

Oh, no. Mierda.

Me permito maldecir a pesar de que no lo hago casi nunca, porque la ocasión lo merece.

—Yo solo digo que esos Lobos son famosos por su aguante. Nada más. —Escucho decir a la tía Viv antes de que mi madre se ponga al aparato.

—¿Addie?

Tengo la cara hundida en las manos y mi cerebro apenas funciona, tan lleno de emociones que abarcan todo el espectro de la vergüenza y la frustración que no soy capaz de pensar en nada más.

—Mamá, escucha. —Suplico hablando a toda prisa tras armarme de paciencia y de valor, porque sé que mi madre tal vez me ayude a aclarar el malentendido si es que logro que me preste atención. En ocasiones es un poco más sensata y tranquila que algunas de mis tías. —No hagas caso al tío Bert ni a las tías, y por favor, por lo que más quieras, no dejes que el primo Zain llame a su amigo para felicitarle nada.

—No seas vergonzosa, mi niña. Has querido a ese Lobo durante-

—*Mamá.* —Esta vez soy yo quién interrumpo con tono firme y desesperado. —Por favor. Es todo un malentendido, nada más. No estoy en el territorio Wolf, la Alfa Bisonte amiga del tío Bert ha bajado hasta la ciudad y estamos en el puente de madera, ese que cruza el río a cinco minutos de la casa de la tía Beth. Esto no tiene nada que ver con Aaron.

—Oh.

—¿Cómo que «oh»? —Se me hace un nudo en el estómago cuando escucho su tono de voz.

Estoy empezando a perder la paciencia que me queda, y ello me sucede tan rara vez que no sé qué hacer con mi enfado.

Siempre se me ha dado mal lidiar con emociones negativas.

—....No te enfades. —Me dice mi madre, y yo noto que estoy empezando a ponerme histérica, porque sospecho que ya es demasiado tarde para paliar lo que quiera que hayan hecho en estos minutos de caos.

—Mamá. —Siseo con enfado y la sempiterna vergüenza ardiéndome en el estómago. —Dime que no habéis hecho nada estúpido.

—No me hables así. Es solo que estábamos tan ilusionados cuando hemos oído a tu tío decir eso....

—No. —Niego la realidad en tono de súplica. —Dime que no lo habéis hecho.

Sé qué es lo que han hecho, por supuesto que lo sé.

Lo mismo que ocurrió cuando Sarah, en su primer día de universidad, se tomó una inocente foto con un amigo en el campus.

Y mi familia se apresuró a sacar conclusiones sobre el chico y a llenar toda la Red de comentarios sobre su futuro Emparejamiento y lo contentos que estaban de que por fin mi prima hubiera encontrado a su Predestinado.

Sarah siempre bromea diciendo que no necesitamos Reality Shows para entretenernos aquí en Green Valley.

Con la familia Reindeer es suficiente.

No hay semana en la que no haya algún drama o malentendido. Y el hecho de que varios miembros de mi familia sean lo que se puede llamar Influencers aquí en Green Valley solo empeora las cosas.

—La tía Viv ha postado algo en su cuenta de Instagram.

—Pues dile que lo quite. —Respondo al borde de la histeria.

Son las cinco y media de la mañana y tal vez no lo haya visto mucha gente. Quizá pueda remediarlo y fingir que nada de esto existe y que nunca he mantenido esta conversación con mi familia.

—....Y puede que haya etiquetado al chico Wolf.

No, niega mi mente con horror. Por todos mis Ancestros. No.

—Que lo quite. —Siseo entre dientes con ira, hiperventilando. —*Ya*, mamá. ¡Que lo borre ahora mismo!

—Me temo que llegas un poco tarde.

Se me encoge el estómago del estrés que me produce su tono, pero tengo que saberlo, o mi

madre jamás irá al grano. La conozco demasiado bien.

—Mamá. —Digo con lentitud, sintiendo que me cuesta hablar en estos momentos sin hiperventilar. —Dime que Aaron Wolf no ha visto lo que quiera que sea que la tía ha publicado. Dímelo, por favor.

—Bueno, no sé, pero de todas formas da igual.

—¿Cómo que da igual? ¡No, mamá, no da igual! A mí no me da igual. Que lo quite ya antes de que él lo vea o me va a dar algo.

—Hija, qué dramática que eres siempre. Cálmate un poco. —Le dice el cazo a la sartén. —Y de todas las maneras ya te he dicho que da igual que lo vea, porque el primo Zain ya lo ha llamado para felicitarlo.

Me quedo en blanco.

Todas las emociones desaparecen súbitamente de mi mente, y camino a paso lento y tembloroso hasta dejarme caer en uno de los bancos de madera junto a los maceteros llenos de flores que adornan ambos lados del puente justo antes de que me fallen las piernas.

—¿Addie? ¿Estás ahí, cariño? —Soy incapaz de decir nada, aunque a mi madre no le hace falta que yo responda para continuar hablando como si nada. —¿Entonces no es cierto que por fin el chico Wolf y tú estáis juntos? Menuda decepción. Y yo que creía que por fin-

Por segunda vez esa mañana, le cuelgo el teléfono a un familiar sin despedirme o esperar a que termine de hablar.

La Alfa Bisonte me mira y gruñe suavemente, como si estuviera preguntándome dónde está su amigo y por qué no está aquí ya, y yo le devuelvo la mirada con los ojos llenos de shock.

—Mierda. —Susurro aspirando una gran bocanada de aire, y corto la llamada entrante que tiene el número y la foto de mi madre en la pantalla y pongo mi teléfono en silencio, guardándomelo en el bolsillo de la chaqueta y acomodándome la mochila sobre un hombro antes de levantarme.

Pongo rumbo a la pastelería sin pensar.

Todavía estoy pensando que quizá no sea tan grave. Que quizá Aaron se lo haya tomado como una broma.

Que tal vez no tengo que huir de la ciudad para siempre.

Mi mente se llena de pensamientos que intentan desesperadamente ser positivos y darme la esperanza de que las cosas no hayan llegado hasta él todavía.

Posiblemente Aaron estuviese durmiendo y no cogiera el teléfono.

A lo mejor mi primo Zain, que suele ser uno de los más sensatos de la familia, no dijera por qué lo estaba felicitando, y mi nombre no apareciera en la conversación en absoluto.

Cecile debe de estar esperándome desde hace un rato, y posiblemente, conociendo a mi familia, ya sepa las supuestas noticias que mi falso Emparejamiento con Aaron.

Pensar en él hace que mi garganta emita un gemido de vergüenza que no soy incapaz de controlar.

A mis espaldas, la Alfa Bisonte me sigue por las calles traqueteando con sus enormes pezuñas, y tengo la sensación de que me ha cogido cariño y de que está preocupada por mi nivel de estrés.

—Mierda. —Suelto de nuevo cuando, al girar la esquina de la calle mayor, veo que Cecile me está esperando en la puerta de *Adele's Dream*, mi local.

Y que no está sola.

Aaron Wolf, con pinta de estar cabreado, está de pie junto a la pobre Cecile de brazos cruzados, con la apariencia de quién ha estado durmiendo hasta hace poco y con el casco de su moto colgando de un antebrazo.

Y, esta vez, no hay lugar donde esconderme cuando sus ojos se fijan en mí.

La Bisonte brama sobresaltándome.

Y yo me giro y echo a correr en un impulso loco que no tengo duda de que debe provenir de mi sangre de Reno.

Los ojos de Aaron son los de un depredador.

Un depredador hambriento y cabreado.

Mientras corro, con el corazón a toda prisa y el aliento entrecortado (nunca he estado precisamente en forma), mi traicionero cuerpo no deja de recordar lo bellos que son sus ojos.

Y su rostro.

Y su cuerpo.

Y *todo* de él.

Y mi vientre se llena de un calor que reconozco bien.

Un calor que me ha perseguido desde que maduré físicamente.

Él siempre ha tenido ese poder sobre mí, aunque fuese solo a través de una fotografía en las Redes Sociales.

Estoy excitada sexualmente por una sola mirada.

Y no dudo de que él lo sabe.

Y de que me odia.



Aaron

—¿A dónde vas a estas horas de la mañana?

Me detengo en lo alto de las escaleras y miro la cara cansada y llena de sospecha de mi hermano mayor.

Liam está parado en la entrada de su habitación con el ceño fruncido.

Debe de haberse levantado tras escucharme hacer ruido. Quizá mis maldiciones y mi cabreo lo habían despertado.

Me siento culpable, porque mi hermano no ha dormido mucho últimamente con todo lo que ha ocurrido con Caidan y con el tío Sorren, pero también, como de costumbre, irritado.

A pesar de ser Alfa, Liam no suele ser ni controlador ni posesivo. O al menos no de manera extrema. Y suele dejar que el resto de la manada haga sus vidas sin mucha interferencia, a diferencia de algunos Alfas de los que he oído.

Eso tiene consecuencias tanto positivas como negativas.

Las positivas: que podemos ir donde queramos, hacer lo que queramos, y decir lo que queramos hasta cierto punto. Siempre y cuando respetemos las Leyes en las que nos educó papá y las enseñanzas morales de mamá.

Las negativas: que ocurren cosas como la Feralidad de Caidan, cuyo secreto casi le había costado la vida y la cordura, porque Liam se negó a obligar a nuestro hermano a hablar de lo que lo había estado atormentado durante años.

Una parte de mí todavía está cabreada con Caidan por dejar que todo llegase hasta ese extremo.

Pero principalmente estoy furioso con Liam y con Nina por haberle fallado y, aunque esa ira ha ido calmándose con el paso de las últimas semanas, todavía hay una parte de mí que los resiente.

Sé que Liam lo sabe y que le duele pero, como es habitual en él, esperará a que el cabreo se me pase o a que yo me acerque a hablar con él de ello.

Así es Liam.

Por mucho que se sienta culpable por lo de Caidan o que pueda ponerse agresivo cuando Ewan o los gemelos lo cabrean, tiene más del temperamento reflexivo y honorable de mamá en él que muchos de mis hermanos, excepto Caidan.

—Zain me ha llamado. —Digo vagamente.

Liam sabe que el Reno y yo somos amigos casi desde nuestros días en el jardín de infancia, y que además trabajamos juntos como programadores, así que no es extraño para mí ir a verle a las tantas de la madrugada.

Y, además, odio que yo sea el único al que mis hermanos siguen tratando como un crío al que controlar a pesar de que tengo veintinueve años ya.

—Muy bien. —Dice Liam tras mirarme durante un buen rato, haciendo que me pique la piel. Mi hermano sabe que le estoy ocultando algo y en este momento agradezco que no insista en sacarme información. —Pasa por el supermercado cuando vuelvas. Te mandaré la lista de la compra vía WhatsApp. —Me ordena antes de bostezar y volver a la habitación que comparte con su Compañera.

Bajo las escaleras en silencio procurando no hacer ruido.

El tío Sorren y la tía Jane duermen en el piso de arriba no muy lejos de donde Liam y Sheila duermen, y entre ellos está la habitación de mi sobrina Samara, y no quiero molestarlos.

Me paso la mano por el pelo con frustración.

Espero que ningún miembro de mi familia haya visto el jodido post de Instagram en el que Vivienne, la tía chismosa de Zain, me ha etiquetado hace un rato.

Cuando Bert mencionó a su sobrina Adele hace un par de semanas, no pensé que ella sería realmente de ese tipo de acosadoras. No con seriedad.

Ahora me avergüenza y me jode el haberme planteado acercarme a su cafetería con la esperanza de que sea mi Compañera.

Ahogo mi desilusión y la pisoteo mientras me pongo la chupa de cuero y el casco y saco la moto del garaje, empujándola hasta el camino de entrada para evitar encenderla demasiado cerca de la casa y de esa manera despertar a mi familia por accidente.

Los Cambiantes tenemos sentidos demasiado agudos.

Mi teléfono móvil escoge ese momento para sonar con una nueva notificación y suelto una maldición bastante audible cuando veo que la gente me está mencionando en los comentarios del post de Vivienne Reindeer para felicitarme o quejarse de mi falso Emparejamiento.

No sé cómo me siento respecto a todo este lío.

Despertarme a las cinco de la madrugada con una llamada de mi mejor amigo felicitándome por mi supuesto Emparejamiento con su prima ha sido, al principio, confuso.

Y, cuando he visto el jodido post en las Redes Sociales y cómo la gente, principalmente del Clan de los Renos, se hacía eco de ello y empezaban a etiquetarme como locos en decenas y decenas de publicaciones junto al nombre de la chica, esa confusión se ha convertido en un cabreo monumental.

No es la primera vez que alguien decide mentir sobre mí o, más específicamente, sobre nuestra

supuesta relación, y lo publica en las Redes Sociales para llamar la atención.

O que alguien me acosa ya sea a través de noticias falsas como estas o enviándome incluso vídeos de ellos masturbándose (aunque eso, por suerte, sucede muy pero que muy rara vez, y cuando llega a ese extremo suelo reportarlo a la policía, que tiene una unidad especial para tratar rápidamente con estos casos).

Pero es la primera vez que me siento tan decepcionado.

Y con alguien a quién ni siquiera conozco en persona, además.

No quiero que la amistad que comparto con Zain, quien al igual que Caleb es casi como un hermano más para mí, se vea manchada por este incidente con su prima.

El Reno no tiene la culpa, pero tampoco puedo dejarlo pasar aunque normalmente ignore o reporte y me olvide de este tipo de incidentes sin más.

La chica ha llegado demasiado lejos.

Y esta vez pienso plantarle cara y dejarle bien claro lo que opino de sus mentiras y de su acoso.

Estoy cansado de soportar y callar comportamientos como estos pero, siendo la prima de mi mejor amigo como es, preferiría no tener que denunciarla a la policía.

No quiero acabar a malas con Zain y el resto de su familia, que aunque sean a veces un montón de cabezahuecas impulsivos son buena gente en general.

Los Ciervos Ferales asoman la cabeza y resoplan a modo de saludo al verme en el camino poniéndome los guantes, y yo les devuelvo el saludo alzando una mano con una sonrisa.

Nos hemos hecho buenos amigos estos días, dado que soy el encargado no-oficial de vigilar que se estén alimentando de manera apropiada y de comprarles comida extra en la tienda para animales y las granjas cercanas; a ellos y a la Bisonte y al Zorro Blanco, que no veo ahora mismo por aquí, así que imagino que estarán descansando en el granero que hemos construido para que se puedan refugiar del frío y la lluvia en el interior del bosque.

Pongo en marcha la moto tras ajustarme el casco.

Durante el trayecto al centro de la ciudad, y tras haber mirado en la APP de Mapas la dirección exacta de *Adele's Dream*, la pastelería de la que es dueña la chica, no dejo de pensar en lo extraño que es que me sienta tan decepcionado.

Y, al mismo tiempo, tan excitado por verla a pesar de lo mucho que me maldigo por ello.

Ni siquiera sé de dónde viene ese sentimiento.

Tal vez del hecho de que últimamente me he estado sintiendo más solo que nunca, ya sea por el hecho de que todos en mi familia, incluso el tío Sorren, están Emparejados, y yo soy el único que siempre se queda a un lado mientras ellos hacen sus vidas con sus Compañeras.

Me he estado sintiendo algo apartado de mi manada, y ello no ha ayudado en nada a que mi extraña obsesión con las palabras de Bert Reindeer sobre su sobrina dejasen de obsesionarme.

Y ahora esto.

Está claro que ella es una de esas acosadoras, y nada más.

Y no debería sentirme tan dolido por ello.

Al fin y al cabo, ni siquiera la conozco aunque haya estado investigando un poco sobre ella en la Red y teniendo algunos sueños un poco subidos de tono con ella como protagonista.

La chica es guapa, aunque no del modo que se lleva ahora con cuerpos delgados, con cintura de avispa y con músculos y rostros de adolescentes de labios exageradamente gruesos.

Adele Reindeer es una belleza clásica. De esas que te recuerdan a los cuadros de bellezas renacentistas o a actrices del cine clásico como Ingrid Bergman.

Con un cuerpo curvilíneo y suave de grandes caderas y muslos y un rostro de facciones suaves: ojos grandes y almendrados; nariz ancha, corta y recta; y rojos labios generosos pero equilibrados con el resto de sus facciones.

Su piel pálida está adornada por algunas pecas apenas visibles bajo sus ojos, y tiene las mejillas suaves y redondeadas, y no unos pómulos altos y marcados como se lleva ahora.

En definitiva, aunque muchos no la hubiesen considerado una beldad hoy en día, donde las mujeres de sensualidad marcada y facciones fuertes están en cada portada y publicación de Internet, a mí me parece mucho más bella que cualquier modelo de las que me contactan a través de mis perfiles en las Redes Sociales para un revolcón ente las sábanas o algo más de vez en cuando.

Con un aire más inocente. Más dulce y recatado.

Es una pena que su personalidad no esté en consonancia con la dulzura de su mirada, que he podido ver en algunas fotos del perfil de Zain o de los miembros de su familia o en las escasas *selfies* que ella publica en su propia cuenta privada de Instagram, dedicada mayormente a hablar de dulces y pan y de lo mucho que ama su negocio y su trabajo.

Pero a veces las peores arpías se esconden tras fachadas aparentemente inocentes. Eso lo sé por experiencia.

No tardo en llegar frente a la pastelería, que a estas horas de la madrugada todavía no está abierta, y aparco la moto y me quito los guantes decidido a esperar frente a la puerta lo que haga falta para poder tener unas palabras con la chica esta sobre lo mucho que me cabrea su comportamiento.

Tendrá que venir tarde o temprano y, por lo que he oído de Zain, ella empieza a trabajar muy temprano todos los días, ya que la comida que vende es casera y hecha por ella misma y sus empleados y tiene que prepararla de antemano.

Así que espero que no tarde mucho en aparecer. No quiero pasarme horas aquí parado esperando.

—Um, ¿hola?

Me giro para encontrarme con una chica Reno, y me siento decepcionado cuando descubro que no se trata de la misteriosa Adele.

Debe de ser una de las muchas primas de Zain. Se parecen bastante físicamente entre ellas: el mismo pelo castaño casi siempre sujeto en una coleta, los mismos ojos oscuros y almendrados, y la piel en un tono similar.

Le sonrío todo lo cordialmente que puedo, porque aunque esté cabreado en estos momentos ello no quita que haya olvidado las lecciones de mis padres y mi hermano Caidan sobre la cortesía.

Y la pobre chica, que apesta a nervios, no tiene la culpa de nada.

—Hola. —Le respondo en un tono calmo intentando controlar mi enfado para que no se notara.

Ella da un respingo y se ruboriza volviendo a decir «hola» a toda prisa antes de alejarse unos pasos de mí y yo me encojo de hombros mentalmente.

Algunas veces, los Cambiantes de herbívoros (o los humanos) se ponen tensos alrededor de los de tipo depredador como yo.

Estoy acostumbrado a ello, así que la dejo tranquila y finjo mirar la pastelería-cafetería a través de las ventanas oscuras.

Puedo distinguir que el local está lleno de mesas y sillones de apariencia cómoda de una mezcla entre el estilo vintage y el industrial, con algunas paredes de ladrillo desnudo y otras pintadas en color blanco y adornadas con cuadros y estanterías llenas de macetas.

A la dueña le deben de gustar las plantas y las flores. Están por todas partes.

Mi visión nocturna me permitiría distinguir el interior del lugar sin mucho problema aunque la luz de las farolas cercanas no ayudara en ello.

Es un lugar acogedor. Como si la decoradora se hubiese esforzado por crear un aura hogareña de comodidad y confort.

Sé que a mi cuñada Pam y a mi sobrina Sonya les encanta este lugar y que se han hecho amigas de la dueña.

Y ese es un motivo más para intentar acabar con esto de manera rápida y sin dramas a pesar de que sé que la falsa noticia de nuestro Emparejamiento ya se habrá extendido por toda la ciudad (y mucho más allá de nuestras fronteras) dentro de unas pocas horas.

Green Valley está llena de chismosos.

Me cruzo de brazos y sujeto el casco con el antebrazo, sintiendo mi enfado crecer de nuevo exponencialmente cuando pienso en lo molesto que va a ser el tener que aclarar las cosas a cada paso que doy, y en la gente que va a fastidiarme con el asunto a través de las Redes Sociales y en persona con sus preguntas y sus suposiciones.

Tendré suerte si mis hermanos deciden ignorar el tema.

Adrien, Blake, y Ewan, en especial, son los peores cuando se trata de sobreprotegerme, y no

me extrañaría nada que hicieran un drama aún más molesto de todo esto y lo llevaran ante los tribunales.

O que al menos lo intentaran.

De todos nosotros, son los que menos han tolerado el continuo acoso mediático y a las llamadas *fangirls* o *fanboys*, y más de una vez se han enfrentado de manera directa y agresiva con ellos, cosa que no les ha ganado muchos fans ni entre los ciudadanos con menos criterio ni entre los medios de comunicación, que exageran y dramatizan cada gesto que hacen mis hermanos (para defenderse a ellos o al resto de nosotros del acoso de estas personas, debo añadir) para ganar audiencia.

Mis oscuros pensamientos se detienen de súbito y mi mente se queda en blanco.

Se acerca alguien.

No. Algo.

Sonoras pisadas resuenan cada vez más cerca sobre el cemento y, a mi lado, la chica Reno, que no se ha presentado todavía y que continúa mirándome con ojos como platos y tecleando algo en su Smartphone de vez en cuando, da un gritito de miedo.

Elevo la barbilla y huelo el aire, y me confunde lo que mis sentidos me dicen.

El olor de la Feral de Bisonte, la Alfa que ha acompañado a los tíos Sorren y Jane hasta aquí, está en el aire.

Y se mezcla con uno más dulce, más sutil, que me seca la garganta y me hace tragar saliva porque es lo más delicioso que he olido nunca a pesar de que es apenas perceptible y de que el olor se desvanece segundos después, dejándome con ganas de más y con mi sangre palpitando con fuerza en mis venas y que hace que mi Lobo se ponga en alerta.

Es entonces cuando la veo.

El sonido de las pisadas de la Bisonte se hace más intenso y la Feral gira una esquina, casi abarcando toda la estrecha calle antigua con su tamaño.

Y, delante de ella, con cara de preocupación y ajustándose unas gafas de montura metálica sobre su nariz que acaba de sacar de su abrigo, está Adele Reindeer.

Nuestros ojos se encuentran durante menos de un par de segundos.

Y todo el aire de mis pulmones se desvanece dejándome incapaz de respirar.

En mi interior, mi Lobo, generalmente tranquilo e impassible, se agita con frenesí y aúlla exigiéndome que Cambie.

Que la Reclame como mía.

Adele Reindeer es mi Compañera Predestinada.

Respirando pesadamente, me muevo para dar un paso hacia ella.

La Bisonte suelta un bramido de reconocimiento al verme, probablemente pensando que llevo comida encima como suele suceder cuando la visito.

Y entonces mi Compañera echa a correr por una calle lateral tan rápidamente que ni siquiera me da tiempo a recuperar mis sentidos y pensar con claridad.

La Alfa Bisonte mira con confusión el lugar por el que Adele ha desaparecido corriendo como si hubiese visto al mismísimo demonio y emite un resoplido sobresaltado.

La otra Reno grita el nombre de su familiar mirando a la Feral con ojos como platos.

Y yo pierdo el control de mi Lobo por primera vez en mi vida y Cambio a mi forma animal.

Soltando un aullido posesivo cargado de deseo, corro tras el rastro de mi Compañera con un solo pensamiento en la cabeza: Reclamarla como mía y entremezclar nuestras esencias y nuestras almas hasta que todo el mundo sepa que ella me pertenece a mí, y solo a mí.



Adele

Oh, Espíritus.

En qué lío me he metido ahora.

Corro por las calles del centro de la ciudad como una posesa, y ni siquiera soy consciente de a dónde estoy yendo hasta que me encuentro llamando frenéticamente al telefonillo de la finca en la que vive mi prima Sarah.

Un segundo aullido resuena a mis espaldas y sé que estoy metida en un buen lío.

No sólo porque el aullido es aterrador para esa parte de mí que se guía por los instintos de un herbívoro, sino porque me siento cada vez más excitada y más caliente.

Debo de ser alguna clase de pervertida masoquista incapaz de controlar sus hormonas, porque no me lo explico.

Soy, generalmente, una chica de lo más sensata. O eso dice mi familia, que me acusan de ser aburrida y demasiado «normal» con mucha frecuencia.

Cuando Sarah responde a mis frenéticas llamadas, yo ya estoy más histérica de lo que lo he estado jamás.

—¡Abre la maldita puerta del patio, joder! —Grito en cuanto escucho su voz preguntar quién es a pesar de que el dichoso aparato tiene una cámara incluida.

—¿Addie? ¿Se puede saber qué te pasa? Jamás te he oído hablar así. —El tono asombrado de mi prima dice mucho sobre lo alterada que estoy.

Yo jamás maldigo ni digo soeces si puedo evitarlo así que, para que yo me haya puesto de esta forma, Sarah debe de haber deducido que algo me ha pasado.

—¡Abre! ¡Y hazlo ya!

Mi prima abre la puerta y yo me apresuro a entrar en el patio y a cerrarla detrás de mí.

Siento a Aaron cerca.

Ni siquiera sé cómo sé que está tras mis pasos. Ni que se está acercando.

Solo sé que es cierto.

Mi cuerpo está hecho de llamas y no soy incapaz de determinar si es excitación sexual o miedo.

Me detengo frente al ascensor con la espina dorsal tensa y las manos temblorosas y me giro sobre mí misma con lentitud.

Allí, al otro lado de la puerta de cristal y metal verde oscuro forjado, un inmenso Lobo gris oscuro me observa con las pupilas dilatadas, llenando de vaho el cristal con su pesada respiración.

Mis piernas se mueven de nuevo sin pensar.

Siguiendo un impulso y sintiéndome como un conejo acorralado, ignoro el ascensor que todavía está bajando desde el séptimo piso y subo a toda prisa las escaleras hasta el quinto en el que vive mi prima.

A mis espaldas, escucho al Lobo emitir un gemido angustiada seguido del sonido de la puerta del patio al ser golpeada con fuerza.

Los costados y los pulmones me arden cuando llego frente a la puerta del piso de Sarah, que me mira con la boca abierta y una expresión de estupefacción en el rostro y me hace pasar de manera inmediata sin mediar palabra, agarrándome del antebrazo y llevándome rápidamente hasta el salón.

Una vez me dejo caer con las piernas temblorosas y el corazón en la garganta sobre el sillón de terciopelo verde, Sarah se sienta junto a mí y me empieza a hacer preguntas sin detenerse a respirar.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te han atacado? ¿Dónde está Cecile? ¿Y por qué hueles a Bisonte? — Hace una pausa cuando un nuevo aullido, esta vez cargado de pena y anhelo, hace eco en el aire. Puedo escuchar a los vecinos asomando las cabezas por los balcones y ventanas quejándose del ruido y preguntando qué es lo que ocurre. —¿Es eso un Lobo lo que oigo?

Antes de que pueda detenerla, Sarah se ha levantado y ha abierto las dos puertas de cristal que dan al balcón.

—Oh, por todos los Ancestros, ¿es ese un Wolf en forma de Lobo aullando hacia mi balcón?

Mi teléfono móvil suena como loco y, cuando no respondo, empieza a hacerlo también el de Sarah. Y luego el teléfono fijo de su apartamento.

Hundo mi rostro en las manos para intentar retomar algo del control que tanto amo sobre mi vida y mi persona.

No soy una persona que se altere fácilmente, pero toda esta situación me está volviendo loca.

Sarah responde a su móvil y coge el teléfono fijo apoyándolo en la otra oreja y empieza a decirles a los que quiera que estén al otro lado de la línea que llamen más tarde, colgando poco después.

Pero entonces los teléfonos empiezan a sonar de nuevo pocos segundos más tarde.

Entre el sonido de los vecinos del barrio, que gritan preguntando qué es lo que ocurre o le chillan a Aaron que se calle y que han llamado a la policía; las preguntas incesantes de Sarah; el irritante timbre de los teléfonos; y los aullidos de Aaron, siento que estoy en una pesadilla llena de ruido incesante.

Maldiciendo, pongo en silencio mi móvil y le digo a Sarah que haga lo mismo con el suyo, deduciendo que Cecile debe de haberle dicho algo a la familia y que por eso están llamando como locos.

Saben que Sarah vive cerca y que es mi mejor amiga y que si estoy en problemas o me siento ansiosa suelo venir a su apartamento, así que no me extraña que ya sepan que estoy aquí.

Eso, y que Aaron no es precisamente sutil.

Ahora que estoy aquí arriba, me siento lo suficientemente lejos y en control como para poco a poco retomar el dominio de mí misma.

Aaron no puede escalar la finca hasta aquí ni tampoco puede entrar en el patio aunque alguien la abriera la puerta, ni subir las escaleras, debido al impedimento su gran tamaño.

A no ser que adopte forma humana.

Trago saliva y cojo la mano de Sarah entre las mías.

Es una de mis mejores amigas además de ser mi prima, y sé que entenderá mejor que nadie cómo me siento.

Con voz temblorosa pero audible por encima del continuo caos de los vecinos y el de Aaron, le cuento lo ocurrido desde mi encuentro con la Bisonte.

Cuando acabo, mi prima vuelve a tener la boca abierta como un pez, incrédula.

—No puedo creer que lo hayan vuelto a hacer. —Gruñe de enfado después de recuperar el habla. —Ya me hicieron a mí algo parecido una vez con el chico aquél de la universidad, ¿lo recuerdas?

Asiento, tragando saliva de nuevo porque siento la garganta seca como papel de lija.

—Espera, te traeré un vaso de agua. —Sarah desaparece en la cocina y yo la oigo hablar y quejarse de nuestra familia mientras piensa en voz alta sobre cómo hacer para que Aaron Wolf deje de estar cabreado.

O llamar a la policía para que arreglen el asunto.

—Ha reaccionado de manera tan dramática, ¿no crees? —Me dice mi prima acercándose un vaso de agua que bebo sedienta en un par de tragos. —Menuda exageración. Podría haber arreglado las cosas sin montar un numerito.

Arruga la nariz mirando con enfado al balcón.

La algarabía se ha ido calmando poco a poco.

A través de los cristales, puedo ver que algunos vecinos lo están grabando todo con sus móviles y sus cámaras de vídeo, y se me encoge el corazón de pena y de rabia en nombre de Aaron.

No deberían estar haciendo algo así sin importar el qué. Hay demasiada gente en el mundo que siente la necesidad de compartirlo todo. O de ganarse sus cinco minutos de fama subiendo vídeos sobre la privacidad de alguien.

Mi Lobo (me riño a mí misma cuando pienso en él como *mi* Lobo sin darme cuenta) ha dejado de aullar y de gruñir, y ahora solo se puede oír un suave lamento que por algún motivo que desconozco me hace querer llorar de pena.

—Qué extraño. No parece cabreado, ¿no crees? —Dice Sarah pensativa, que se ha vuelto a asomar al balcón y está mirando abajo hacia la calle. —Solo triste.

Lo último lo dice con confusión, frunciendo el ceño y mirándome por encima de su hombro vestido con un pijama de Disney.

Tiene el castaño pelo revuelto y recogido en un moño manoseado y, por experiencia, sé que ha estado trabajando en su proyecto toda la noche como ya había deducido.

—¿Cómo... —Se me quiebra la voz.

Ya se me ha pasado el susto, y ahora lo único que queda en mi interior son unas ganas tremendas de echarme a llorar del estrés y de la preocupación que Aaron me causa.

Ni siquiera pienso en mí y en la pinta de cabreo que tenía el Lobo cuando me lo he encontrado frente a la pastelería hace un rato.

—Él está bien. —Sarah duda antes de continuar. —Bueno, más o menos bien. Está sentado en la carretera frente a mi patio mirando hacia aquí y de vez en cuando gimotea. Qué comportamiento tan extraño, si no supiera que es imposible diría que... pero no, no puede ser. Tú lo sabrías, ¿verdad?

Sarah se gira hacia mí con ojos entornados y llenos de preguntas, y yo no sé exactamente qué es lo que piensa pero sé que ello incluye mi condición de Recesiva.

A pesar de tener padres que son ambos Cambiantes, yo nací incapaz de Cambiar a Reno. Solo tengo mi forma humana y unos instintos y sentidos que son algo más intensos y más desarrollados que los humanos.

Incluso mi aroma es tan débil que solo puede percibirse si alguien está muy cerca de mí o si tiene un olfato superior incluso para un Cambiante.

Dejo el vaso de agua vacío sobre la mesita que hay frente al sofá y me levanto con piernas débiles.

Necesito verle.

Necesito saber que está bien.

En ese momento, ni siquiera me importa que haya gente enfocando sus cámaras de vídeo o de teléfono hacia mí sin ningún pudor, a pesar de que oigo que hay vecinos más concienciados que se quejan de lo que estas personas hacen sin preocuparse por pedir permiso para ello.

En cuanto toco la barandilla y me asomo al balcón, Aaron se vuelve loco otra vez, emitiendo un aullido que hace que Sarah de un respingo y un grito de sorpresa y que llena la calle de murmullos y gritos renovados.

Mi Lobo me mira con sus verdes ojos llenos de agonía y de algo más que no puedo reconocer

pero que hace que mi cuerpo arda en llamas que no comprendo muy bien y que me hacen pensar de nuevo que debo ser una perversa masoquista.

—Oh, Ancestros. —Dice Sarah con la cara pálida agarrándome de los hombros para mirarme directamente a los ojos. —Joder, Addie. ¿Has visto eso?

—Parece angustiado. —Me trago las lágrimas porque los sonidos que Aaron está haciendo me llenan de un dolor que no puedo controlar. —¿Crees que está herido?

Los sonidos que hace son como los de un animal herido y moribundo gimiendo por ayuda.

—No lo creo. ¿De verdad no lo ves? ¿No lo sientes? —Responde Sarah con asombro. —Joder.

El sonido de las sirenas de policía suena con fuerza en esos momentos, y veo que a lo lejos que los coches patrulla se están acercando al Lobo, acorralándolo por ambos extremos de la estrecha calle antigua en la que está situada la finca en la que vive Sarah.

—¿Ver el qué? —Le pregunto a mi prima agarrando la barandilla de piedra entre mis dedos con tanta fuerza que estos me duelen.

—Joder, Addie. —Repite Sarah. —¿No lo reconoces?

—Lenguaje. —Le recuerdo de manera automática y sin pensar, y la escucho ahogar una risa nerviosa. —¿Reconocer el qué?

Sarah hace una pausa y me mira a los ojos con intensidad, de la manera en la que siempre lo hace cuando cree que le estoy tomando el pelo sobre algo importante.

Pero yo rara vez bromeo. Mi sentido del humor brilla por su ausencia, como dice mi primo Zain en ocasiones aunque ello no sea cierto.

Es solo que tengo una manera de ver la vida algo diferente al resto de mi familia.

Y ello incluye mi humor.

—Ese es un aullido de Reclamo.

Las palabras de mi prima me detienen el corazón.

Sé lo que es un aullido de Reclamo.

¿Cómo no iba a saberlo?

Lo he leído todo sobre los Lobos durante todos estos años. Todo lo que ha caído en mis manos o he logrado encontrar, ya fuese en Internet o en la biblioteca.

—¿Aaron ha encontrado a su Compañera? —Pregunto con voz rota y apenas audible, llena de una tristeza tan potente que tengo ganas de gritar de dolor y que me pilla por sorpresa, porque de normal no soy tan dramática como mi familia lo es a pesar de ser una Reindeer.

—¿Estás bromeando? —Me cuestiona Sarah con incredulidad.

—Sabes que no bromeo con estas cosas. Y menos si se trata de él.

Mi prima parece tan frustrada y anonadada en esos momentos que tengo la sensación de que desea sacudirme de los hombros.

—Addie. —Dice con lentitud como si le estuviese hablando a una persona particularmente densa. —Ese aullido de Reclamo *es para ti*.

Me quedo en blanco de nuevo.

—¿Qué?

Sarah pierde la paciencia y eleva los brazos hacia el cielo en un gesto dramático soltando un resoplido irritado.

—Vamos a ver, te lo voy a decir de nuevo porque no puedo creerme que estemos teniendo esta conversación. —Bufa Sarah. —Esa Compañera a la que Aaron Wolf Reclama *eres tú*. —Dice elevando la voz con cada palabra hasta hacerse oír por encima de la algarabía que tiene montada la policía con sus micrófonos, que están ordenándole a Aaron que Cambie a forma humana y se deje esposar para ser llevado a comisaría, y advirtiéndole que Nina Bear está de camino.

Yo la miro estúpidamente sin comprender.

Porque lo que acabo de escuchar no puede ser cierto.

—Adele Reindeer, eres la Pareja Predestinada de Aaron Wolf. —Repite mi prima para dejarlo claro, creyendo que no he entendido lo que acaba de decir.

Pero yo estoy demasiado perdida en la mirada suplicante del Lobo que no deja de observar cada uno de mis movimientos sin parpadear y de gimotear y aullar mientras me mira.

Oh. Piensa mi cerebro de manera estúpida.

Aaron Wolf, del que he estado enamorada desde que era una cría que estaba aprendiendo a andar y los seguía a él y a sus amigos escondiéndome tímidamente tras pilares y setos y demás como si fuese una ninja, aprovechando que mi condición de Recesiva me hacía casi invisible a los ojos y sentidos de incluso el más fuerte de los Cambiantes (como si me hubiese tomado de manera perpetua una caja de pastillas supresantes, había dicho mi prima Greta una vez), es mi Pareja Predestinada.

Yo, Adele Reindeer, Recesiva de la familia Reindeer que siempre había creído que no tenía un Alma Gemela como los demás, he estado equivocada toda mi vida.

Aaron Wolf es mi Predestinado.

—Mierda. —Maldice Sarah a mi lado, y me sobresalto cuando escucho los gritos airados, sorprendidos o indignados de los vecinos que siguen cotilleando desde sus ventanas o balcones y de la gente que ha salido de sus casas a observar qué es lo que ocurre y se parapeta tras la policía con ojos curiosos.

Uno de los policías ha disparado a Aaron con un largo rifle, y mi Lobo gruñe y cae al suelo segundos después, quedándose inmóvil.

—¡No! —Me escucho gritar con agonía, y me echo a llorar con la imagen de pesadilla de él cayendo sobre la carretera grabada en mi mente.

Este recuerdo horrible me perseguirá el resto de mis días.

—Addie, cálmate, es solo un dardo tranquilizante, ¿lo ves? Todavía respira.

Ni siquiera me he dado cuenta de que he intentado saltar por el balcón hasta que Sarah me agarra de los hombros y me obliga a apartarme de la barandilla.

Solo puedo pensar en Aaron.

En su mirada de agonía y en su cuerpo cayendo sobre el asfalto.

Mi Predestinado.



Adele

Se lo han llevado.

Ni siquiera me ha dado tiempo a bajar a hablar con la policía e impedir que se lo llevaran (según me ha informado un agente, a un ala de seguridad del hospital especializada en tratar a Cambiantes alterados) antes de que el equipo especial de la policía lo cargara en una especie de grúa-ambulancia y se lo llevara consigo.

Así, sin más.

Sin detenerse a escuchar mis ruegos o las protestas de los vecinos, algunos de los cuales son Cambiantes amigos de Aaron y lo han reconocido, imagino que por su olor.

Así como también han reconocido el hecho de que el Lobo ha encontrado a su Compañera.

Lo que me lleva al segundo shock del día: el hecho de que esa soy yo.

Su Predestinada, si las afirmaciones de Sarah son ciertas.

Y las de la policía que ha hablado conmigo, una mujer humana llamada Miranda a la que conozco de pasada porque de vez en cuando viene a desayunar a la pastelería cuando acaba su turno de madrugada, y que ha dado por sentado que lo soy cuando dos de los vecinos Cambiantes se han referido a mí como «la Compañera de Wolf».

Hasta estoy empezando a creérmelo yo misma.

Tengo un nudo de nervios en el estómago que es una mezcla de ilusión y de esperanza y de abyecto miedo.

He pasado tantos años a la sombra, sintiéndome poquita cosa para Aaron (o para cualquiera), y ahora que la posibilidad de que el Wolf del que he estado enamorada desde niña sea mío estoy como si estuviera suspendida en las nubes.

Como aquella vez que me bebí tres chupitos de vodka seguidos en el cumpleaños de la tía Anastasia y acabé cantando canciones de Marilyn Monroe a pleno pulmón tras pelearme con la banda de música para que me dejaran subirme al escenario.

Igual de mareada y ligera, como si flotara en un mundo sin inhibiciones.

—¡Addie! ¡Sarah! —La tía Vivienne se abre paso entre la multitud, ignorando a los periodistas que poco a poco se van presentando en la calle y están entrevistando a la gente y que la reconocen como quasi-celebridad de Internet y le ponen el micrófono en la boca sin ni siquiera pedir permiso (y menos mal que no se han dado cuenta de que estoy aquí parada en el portal de Sarah.

No quiero que me interrogue ninguno de ellos y, por las miradas sospechosas que me dirigen algunos de vez en cuando, sé que se les está ocurriendo la idea de hacerlo).

—¡Nos tenías preocupadísimos! —Exclama la tía Beth, que hace a un lado a su hermana Viv para abrazarnos a mí y a Sarah.

—¡Mamá, suéltame! —Oigo a Sarah quejarse del abrazo y los besos de la tía Viv cuando ésta, a la que se le notan unas cuantas copas de más, se lanza a mimar a su hija menor.

Tras ellas, cómo no, llega buena parte de la familia.

El tío Bert está aquí, junto a su huraña Compañera la Pantera Karen. Y también Zain, hijo de la tía Beth, y su hermano mayor Dexter y el padre de éstos, Gabriel. Y las tías Gertrude, madre de Cecile (a la que recuerdo con un pinchazo de culpabilidad que he dejado sola frente a la pastelería), y Kiara (que está hablando con sus colegas policías intentando averiguar qué es lo que ha ocurrido).

La calle se llena de Reindeer rápidamente cuando los primos de mi madre y el resto de mis tías acuden al lugar avisados seguramente por algún mensaje en el grupo de WhatsApp familiar; así como varios de mis propios primos y primas, hijos e hijas de mis tías (adoptados y biológicos por igual); dos de mis abuelos, Temperance y Gregor, ambos humanos y padres de mi padre Travis, que fue humano antes de Emparejarse con mi madre, Anna; y, para mi absoluto horror, mis bisabuelos.

Los Reindeer somos muchos, aunque decirlo así es un eufemismo que se queda corto, y, como muchas de las especies de Cambiantes de tipo herbívoros, nos dividimos en diversas manadas o Clanes dentro de una misma especie, cada cual está liderado en funciones por una Pareja de Alfas que a su vez responden ante los Alfas Supremos que representan a nuestra especie al completo en el Consejo de Gobierno de la ciudad; como sucede en cada territorio en el que hay familias o Clanes tan extensos como el nuestro.

Mis bisabuelos, que a su avanzada edad todavía tienen energía para un centenar de años más (y ojalá sea así), son los Alfas de nuestra rama del Clan Reindeer, que engloba a mis padres y las hermanas de mi madre y sus Parejas; los padres Renos de mi madre (los abuelos Hugo y Janet) y las dos hermanas del abuelo; y, por supuesto, a todos sus numerosos descendientes.

Al menos hasta que esos descendientes empecemos nuevos Clanes cuando surja algún nuevo Alfa.

Lo que quiere decir que mis bisabuelos son también mis Alfas a pesar de que tanto yo como la tía Kiara somos Recesivas y, por ende, incapaces de Cambiar a Reno o a ninguna otra forma Cambiante.

Hay otros tres pares de Alfas, que son familia en tercer o cuarto grado, y que lideran sus propias ramas y Clanes Reindeer, y de todos ellos la tía Kiara, que es la hermana menor de mi madre, y yo somos las únicas Recesivas de las que se tiene constancia en los últimos doscientos

años.

Menudo privilegio, pienso con sarcasmo.

—Estamos bien. —Digo con el ceño fruncido.

Todavía no he olvidado el lío que han causado hace solo algo más de una hora, como mucho.

La tía Viv agita una mano en el aire restándole importancia a mi tono de voz, como si yo estuviese gruñendo por algo sin importancia.

Siempre hace igual.

Miro a mi alrededor buscando a mis padres, pero deduzco que deben de haberse ido ya a trabajar a estas horas.

Son casi las siete de la mañana y está empezando a amanecer.

Y yo no puedo dejar de pensar en Aaron.

—¿Alguno de vosotros ha traído un coche? —Pregunto a mi familia en general interrumpiendo varias conversaciones entre ellos y los vecinos mientras Sarah les cuenta de manera animada su versión de los hechos y lo hace parecer como si fuese lo más excitante del año.

—Me he traído la moto. —Me responde Zain. —¿Quieres que te acerque a ver a Aaron? La tía Kiara dice que se lo han llevado al hospital y que han avisado a su familia.

Asiento tragando saliva.

Enfrentarme a las miradas del Clan Wolf me hace sentir un poco intimidada, pero mi necesidad de ver a Aaron es mayor que mi miedo.

—Sí, por favor.

—¡Voy con vosotros! —Exclama Sarah, y de repente la calle se llena de voces de familiares y amigos interesados en acompañarnos al hospital, mayoritariamente para cotillear, pero algunos, como Zain, porque están genuinamente preocupados por Aaron como lo estoy yo.

—Tienes todavía un trabajo que terminar y tu clase empieza en un par de horas. —Le recuerdo a Sarah, que maldice entre dientes a sus profesores y hace una mueca de decepción.

—Pues vas a tener que contármelo todo. —Me responde mi prima. —Dejaré el teléfono en modo vibración así que mándame mensajes contándomelo todo aunque esté en mitad de una clase, ¿entendido?

—¡Y a mí! Mantenme informada vía mensaje o llamada o lo que quieras de cualquier cosa que ocurra entre tú y el chico Wolf. —Corea la tía Viv, excitada.

—Tía Viv...—Suspira Zain con irritación, pero su madre lo interrumpe.

—Dejad a la pobre Addie en paz, que está muy estresada ya con todo lo que ha pasado — Siento una oleada de agradecimiento hacia mi tía Beth cuando la escucho decir eso y veo a mi familia asentir a regañadientes. —Y, además, todavía tiene que procesar el hecho de que acaba de encontrar a su Predestinado, y entiendo que ello puede acarrear mucha excitación que no es buena para alguien tan sensible como ella.

Genial.

Mis sentimientos de gratitud se acaban de ir por el retrete.

Sarah no ha esperado ni dos segundos para decirles lo de su teoría sobre ser Compañeros Predestinados.

Que sí, que una parte de mí (una gran parte) lo cree también, pero todavía tengo que hablar con Aaron (y el pensamiento me llena el estómago de mariposas, que no sé si son de angustia o de anhelo) y, ciertamente, no quiero que de repente toda mi familia meta sus amadas pero cotillas narices de Reno en este asunto en especial.

Además, estoy cansada de que siempre me definan como «delicada y sensible».

Por una vez, podría ser «excitante y aventurera» o algo similar.

Pero al parecer esos términos no se me aplican por mucho que yo me imagine a mí misma teniendo aventuras en islas paradisíacas y lugares de fantasía con frecuencia.

Imagino que una no puede ser aventurera si solo vive aventuras en su mente.

—Aire, todos. Dejad espacio. —Se acerca mi tía Kiara moviendo las manos para alejar a nuestros familiares, que han empezado a discutir sobre si van o no a venir con Zain y conmigo y si Aaron y yo somos de verdad o no Predestinados y si yo necesito o no una tila o un calmante que la tía Anastasia, que acaba de llegar y que es herborista y bruja entre otras cosas, ha traído consigo por si acaso yo estaba estresada.

Deduzco que, si continúo intentando hacer entrar en razón a mi adorada pero a veces irritante familia, sí que voy a estar estresada otra vez muy pronto.

Y mucho.

Zain me hace un gesto para que nos escaqueemos mientras el resto están ocupados discutiendo, y yo lo sigo dando gracias al hecho de que, al ser Recesiva, mi presencia y mi olor sean apenas perceptibles incluso para los Cambiantes y me hagan casi invisible a sus sentidos.

Nos escabullimos hacia una calle lateral, y veo con alivio al salir del barullo que ha montado mi Clan frente al patio de Sarah que la gente y la policía han empezado a dispersarse y a proseguir su día como si no hubiese pasado nada, y que ya no hay gente grabándonos con el móvil o con la cámara de vídeo en la mano.

Incluso los periodistas están recogiendo su equipo para poner rumbo a su próxima noticia.

—Vamos. —Zain me tiende un caso que saca de debajo de su asiento y yo monto tras él, agradeciendo el hecho de que mi primo sea tan introvertido como yo y que respete el hecho de que no tengo ningunas ganas de andar respondiendo preguntas sin importar lo mucho que se le note las ganas que tiene él de inquirir qué es lo que ha pasado con su amigo.

Es por ello que es uno de mis primos favoritos.

Siempre tan considerado y caballeroso.

Llegamos el hospital en cuestión de minutos, pero el viaje se me hace eterno.

En cuanto Zain aparca cerca de la entrada de urgencias, corro hacia el mostrador de información presa de los nervios y saludo a Hernan, un viejo amigo de la infancia Ciervo que conozco bien, y que trabaja como auxiliar de enfermería.

—Hola Addie, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Necesito que me hagas un favor, Hernie. —Lo miro con ojos suplicantes y Zain se para de pie detrás de mí y me quita el casco de la cabeza, que ni siquiera me he acordado de quitarme con las prisas.

—¿Qué favor? —El Ciervo, que es un macho extremadamente delgado de cabello rubio ceniza y rostro lleno de pecas marrones, agradable y dulce, me mira con ojos preocupados.

—Aaron Wolf. —Le digo sin más preámbulos. —Necesito saber en qué sección y habitación está, por favor.

Hernan hace una mueca de incomodidad y arruga la nariz.

—Sabes que no puedo darte información confidencial de los pacientes a no ser que seas familia directa o Emparejada.

—Por favor, Hernie. —Suplico.

—Es su Pareja Predestinada. —Dice Zain con su voz lánguida y profunda, y giro la cabeza para lanzarle una mirada irritada por interrumpirme.

—Oh. Bueno, eso también me vale. —Hernan, que tiene los ojos como platos, descuelga el teléfono que comunica con otras secciones del hospital marcando un número con dedos ágiles y delgados.

Tras hablar unos segundos con alguien con voz femenina y autoritaria, cuelga el aparato y vuelve a mirarme con expresión de no acabar de creerse lo que acaba de oír pero de ser demasiado amable y educado como para negar las palabras de Zain.

—Lo han subido a la habitación 106 de la Planta de Especialización Cambiante.

—¡Gracias! —Exclamo mientras doy la vuelta y echo a correr al interior del hospital.

No dudo a la hora de recorrer los pasillos y coger el ascensor pertinente porque estuve aquí con el tío Bert y la tía Karen hace unos días cuando acudieron a su revisión, obligados por los bisabuelos, para hacerles unas pruebas y comprobar que su salud estaba todo lo bien que podía estar tras el tiempo que pasaron ambos como Ferales, y además tengo buena memoria y sentido de la orientación.

Zain me sigue rezongando sobre mis prisas, pero yo le ignoro. Necesito ver a Aaron con mis propios ojos y saber que está bien.

Aunque ni siquiera sé qué le diré cuando lo vea. Si es que está despierto.

En cuanto llegamos a la planta que toca, salgo pitando del ascensor y recorro los pasillos de puertas numeradas hasta dar con la que busco.

Me detengo abruptamente unos dos metros antes de llegar a la puerta tras la cual está Aaron,

todavía dormido si el hecho de que no se escuche ningún ruido proveniente de su habitación es señal de ello.

Liam Wolf está frente a la puerta de brazos cruzados, con cara de malas pulgas y con el ceño fruncido.

Y me está mirando fijamente y sin parpadear como si supiera qué es lo que acaba de ocurrir entre Aaron y yo y me echara la culpa a mí de lo sucedido con su hermano menor.

—Adele Reindeer. —Gruñe mi nombre con lentitud, tan huraño como dicen que es. — Necesito tener unas palabras contigo. A solas.

Trago saliva y asiento de manera automática, intimidada.

Siento que acabo de meterme en un lío sin saber cómo.

Y que seguramente la culpa de ello la tiene una vez más mi adorada pero exasperante familia.



Aaron

No sé qué diantres ha pasado, pero la cabeza me duele horrores y tengo la boca pastosa y reseca.

Y estoy en forma de Lobo.

Levanto la cabeza para mirar a mi alrededor y me encuentro con la mirada amable pero preocupada de mi hermano Caidan, y parpadeo confundido cuando me doy cuenta de que estoy en el hospital.

No hace falta ser un genio para deducirlo: el olor a antiséptico, la habitación de paredes desnudas y frías, y la camilla especial para grandes Cambiantes en la que estoy tendido son pistas suficientes.

—Tranquilo, hermanito. —Me dice Caidan con una sonrisa acariciando el pelaje de mi cuello. —Todavía quedan algunos efectos del tranquilizante que te han administrado. Se pasarán en unos minutos.

La cabeza me da vueltas, así que la apoyo de nuevo sobre la almohada de la camilla y cierro los ojos intentando darle sentido a las palabras de mi hermano mayor.

«El tranquilizante que te han administrado.»

De repente, todo me viene a la mente como un torbellino de imágenes y emociones.

El enfado que me había producido la llamada de Zain esa madrugada y el post de Vivienne Reindeer en sus Redes Sociales; el falso Emparejamiento que todo el mundo daba por sentado; el plantarme frente a la pastelería de Adele Reindeer, la causante de todo el problema, deseando dejarle las cosas claras de una vez y no volver a saber de ella....

Y el momento en el que mis ojos y sentidos se habían posado sobre ella y mi Lobo se había vuelto loco, Reclamándola como suya y echando a correr tras ella como un poseso cuando Adele había intentado huir de mí.

Todavía me sentía herido por el hecho de que mi Predestinada, mi futura Emparejada, hubiese *huido de mí*.

Suelto un gimoteo avergonzado contra las almohadas sin poder contenerme.

Quiero levantarme e ir tras ella de nuevo. Hacerle entender que no tiene nada que temer de mí. Que tanto yo como mi Lobo la deseamos con desesperación.

Que quiero conocerla, adorarla.

Poseerla.

No asustarla.

Pero el hecho de que ella haya huido de mí con pánico en los ojos no se me quita de la cabeza.

—Aaron, cálmate o tendré que atarte.

Ni siquiera me había dado cuenta de que he empezado a levantarme de manera inconsciente.

Soltando un gruñido frustrado, me dejo caer de nuevo sobre la camilla y resiento la expresión vagamente satisfecha de Caidan.

Mis patas se sienten débiles y mi forma de Lobo es molesta para comunicarse y quiero Cambiar a humano, así que hago eso mismo ignorando las protestas de mi hermano, y estiro mis músculos agarrotados.

Al menos ahora puedo hablar con propiedad.

—Shaidan nesheshito....

O eso creía.

Mi lengua está todavía dormida y el intentarlo me llena la barbilla de babas, para mi disgusto.

Caidan ahoga una risa y me revuelve el pelo y yo resoplo, dado que no puedo quejarme sin balbucear y babear.

Mis pulmones se detienen de repente, y todo en lo que puedo pensar es en ella.

Está cerca.

Muy cerca.

Mi Adele.

Mía.

Caidan gruñe una advertencia y me presiona los hombros contra el colchón, obligándome a estar quieto, pero yo soy incapaz de ello.

Incapaz de relajarme o de quedarme acostado en la camilla mientras mi Compañera Predestinada anda cerca y además puedo sentir que está estresada.

Y a Liam, enfurruñado, haciendo guardia al otro lado de la puerta.

—Shaidan. —Gruño una advertencia, furioso por mi propia incapacidad para coordinar mis extremidades de manera apropiada o contrarrestar la fuerza de su agarre.

—Solo unos minutos más. Ewan está en camino con algo de ropa y Nina estará aquí en nada para hacerte unas preguntas sobre lo que ha ocurrido.

A la mierda todo eso, quiero rugir.

Necesito llegar hasta Adele.

Necesito estar a su lado y protegerla de lo que quiera que le esté causando estrés.

Necesito que comprenda que no era mi intención, que jamás lo sería, el asustarla con mi lado salvaje y mi lujuria animal.

Pero nada de lo que digo o hago hace que Caidan me suelte.

Mi hermano puede ser todo lo dulce y suave que parece cuando quiere serlo, pero debajo de esa fachada hay un hombre con una fuerza física y espiritual de hierro.

Tiene sentido, dado que está Emparejado con una Alfa, pero ello no hace que me esté cabreando menos.

Sé que quiere protegerme pero en estos momentos lo que necesito es que me deje ir, aunque no sea capaz de caminar de manera apropiada y tenga que arrastrarme hasta ella; necesito verla de manera inmediata.

Unos tímidos golpes a la puerta interrumpen nuestra lucha de voluntades, y Zain Reindeer, mi amigo de toda la vida, asoma su oscura cabeza castaña por ella y hace una mueca de asco al verme desnudo.

—Tío, cúbrete, por los jodidos Ancestros. —Es su manera de saludarme. —Que no quiero ver tus pequeñas pelotas peludas de Lobo. Me vas a dar pesadillas.

La confianza da asco.

—She te shodan. —Le respondo con inquina y llenándome la barbilla de babas de nuevo, que mi hermano limpia pacientemente con un pañuelo de papel que se saca del bolsillo de su bata de médico.

Y de repente se me ocurre que él y mi Adele son primos y que quizá él sepa dónde está mi chica.

Y de que ha venido solo, sin su recientemente encontrada Compañera, a la que todavía está cortejando, así que la chica debe de estar en su apartamento esperándolo para desayunar juntos como hacen todas las mañanas.

Es raro que Zain se haya separado de ella.

—Shain. Essschuca, capullo.

El Reno se echa a reír de repente al oírme hablar y entra en la habitación cerrando la puerta tras de sí, apoyándose contra la pared cerca de mi cama tras saludar a Caidan con cordialidad.

—Te escucho. —Me dice riéndose abiertamente de mi estado.

Caidan ha cubierto mi entrepierna con la manta que yo había pataleado al intentar levantarme y yo les frunzo el ceño a ambos, pensando en todas las cosas desagradables que se me pasa por la cabeza decirles en esos momentos.

—Adele.

Logro decir, y me siento orgulloso cuando apenas babeo y el hermoso nombre de mi Compañera me sale casi perfectamente.

—Mmmm. —Asiente Zain adoptando una expresión taciturna. —No te enfades con ella, no tiene la culpa. Mi familia es la que ha montado todo el circo de lo del Emparejamiento, para variar. No ha sido idea suya. —Me dice, y yo abro la boca para intentar hablar pero me interrumpe. —No esperaba que te pusieras de ese modo, o no te habría llamado.

—No esh esho. —Digo impaciente sintiéndome frustrado con mi escasa habilidad para pronunciar bien debido a los efectos del tranquilizante. —Ella esh mi Predeshstinada.

Tanto Caidan como Zain me miran durante unos segundos sin decir nada antes de mirarse entre sí y luego volverse a mirarme a mí de nuevo.

—No son los efectos del tranquilizante. —Estoy poco a poco recuperando el habla, me doy cuenta con alivio. —Shé lo que digo. Es ella. Eshh *mía*.

Mi Lobo deja salir un gruñido posesivo de mi pecho y Zain se sobresalta.

—Joder, ¿entonces es verdad que estáis Emparejados?

Caidan niega con la cabeza tras acariciarme el cabello de manera distraída otra vez.

—No siento que sus espíritus estén entrelazados. —Hago una mueca incómoda y me ruborizo, porque siento que esas palabras son mucho más íntimas que todo el porno que me he tragado durante todos estos años. En conjunto. —No todavía.

Caidan me sonrío y me peina con un dedo los pelos de una ceja haciéndome parpadear.

—Joder. —Repite el siempre calmo y difícil de impresionar Zain. —¿Y cómo has acabado aquí en forma de Lobo? Sarah dice que estabas montando todo un circo en la calle bajo su balcón.

Gruño, y esta vez me ruborizo de la vergüenza que me produce el haber perdido el control.

Mi hermano debe de haberse dado cuenta, tan perceptivo como siempre, o quizá ha sacado sus propias conclusiones, porque le sonrío a Zain y cambia de tema con tranquilidad.

—Ahora lo que Aaron necesita es descansar de tanto estrés y, por supuesto, hablar con tu prima Adele sobre su relación sin interrupciones de por medio.

Me siento agradecido de tener un hermano que siempre piensa en mi bienestar aunque él mismo sienta curiosidad por lo sucedido, cosa que se nota por el brillo de sus ojos azules y las miradas pensativas que me dirige de vez en cuando.

—Adele eshtá cerca. —Digo yo con ansiedad pasándome la lengua por los labios resecos.

Mi necesidad de tenerla cerca, de verla, no ha disminuido. Todo lo contrario. Está aumentando cada vez más, y pronto voy a ser incapaz de quedarme quieto como Caidan quiere que haga.

—Sí, hemos venido juntos. Estaba muy preocupada por ti y yo imaginaba que era porque quería disculparse contigo por lo que quiera que haya ocurrido entre vosotros, pero ya veo que estaba equivocado. —Dice el raramente parlanchín Reno. —Felicidades, por cierto. Ya era hora.

Sonrío como un bobo.

—Gracias.

Y ni siquiera he babeado o arrastrado las palabras esta vez.

Es progreso.

Ahora solo necesito estar en una misma habitación con mi Compañera sin perder el control y asustarla o, no sé lo que es peor, intentar montarla sin más ya sea en forma humana o en forma de Lobo, como al parecer una parte de mí todavía desea por la reacción que tiene mi cuerpo cuando

pienso en ello.

Caidan carraspea suavemente y Zain tose y aparta la mirada y yo imagino que mis hormonas habrán dejado claro lo mucho que deseo a mi Predestinada.

Sinceramente, me importa una mierda que sea tan evidente.

Ansío marcarla con mi olor para que todo el mundo sepa que la dulce Adele Reindeer me pertenece.

Mi Lobo gime de ganas y yo me trago el sonido para no humillarme a mí mismo una vez más.

—Será mejor que vaya a ver si Liam ha terminado de hablar con ella. Estaba un poco alterado por todo este asunto. —Dice mi hermano Caidan levantándose de su asiento sobre el colchón a un lado de la camilla en la que estoy tendido, y sus palabras me dejan frío de rabia y de preocupación.

—Eshpera. ¿De qué hablas? ¿Cómo que alterado? ¿Dónde eshtá mi Adele? —Gruño, enfadado por la insinuación de que Liam le está echando la bronca a mi Compañera por cualquier ofensa imaginaria que él crea que ella ha cometido.

Conozco bien a cada uno de mis sobreprotectores hermanos y sé que no sería extraño que estuviera ocurriendo algo así.

Pero Caidan me ignora por completo, palmeando mi hombro distraídamente como si yo fuese todavía un niño y haciéndome rechinar los dientes de frustración.

—Vigila a nuestro Aaron unos minutos, Zain. Ahora mismo vuelvo. —Dice ignorando mis preguntas airadas y saliendo de la habitación tras despedirse moviendo los dedos distraídamente.

Cabreado e indignado, me levanto de la cama y me sujeto al cabecero de hierro cuando me mareo una vez más y las piernas me fallan.

—Hey, tómatelo con calma. Estoy seguro de que Addie estará bien o no la habría dejado a solas con tu Alfa, ¿vale? Liam es uno de esos Cambiantes que tiene mucho ladrido y poco mordisco, ya lo sabes.

Ignorando las palabras de Zain, me intento levantar de nuevo y me siento triunfante cuando apenas me mareo.

Cogiéndome de las paredes y sin importarme mi desnudez, salgo de la habitación hacia el pasillo y aspiro una bocanada de aire cuando este se llena del suave y apenas perceptible aroma de mi Predestinada, que me marea de una forma muy diferente y que tiene mucho más que ver con la lujuria y la sensación de pertenencia y mi deseo por poseerla que con la debilidad del tranquilizante.

—Vamos, Aaron, vuelve a la camilla o Caidan se va a cabrear. Y ya sabes el miedo que da tu hermano cuando se enfada.

Sí, lo sé, digo mentalmente, pero ignoro las quejas bienintencionadas de Zain una vez más, y también las miradas anonadadas de los enfermeros y auxiliares que se paran en el pasillo a

mirarme, y avanzo con más lentitud de la que me gustaría hasta que llego a la sala de espera colindante en la que, a todas luces, Liam le está echando una buena bronca a mi Predestinada por «fingir» ser exactamente lo que es a pesar de que Caidan está intentando explicarle a mi tozudo hermano mayor Alfa que Adele es, de hecho, mi Predestinada aunque todavía no estemos Emparejados.

Todos se giran a mirarme cuando tropiezo con el marco de la puerta de cristal al abrirla.

Liam con sorpresa, seguida de la eterna exasperación de un hermano mayor incapaz de controlar a un hermano menor que me resulta tan familiar; Caidan con una sonrisa que deja claro que se esperaba que yo no le hiciera caso y que encuentra toda la situación un tanto hilarante; y Adele con la boca abierta y la mirada vagando por mi cuerpo desnudo hasta que sus ojos se quedan fijos en mis partes privadas y empieza a sofocarse de manera bastante dramática como si nunca hubiese visto a un macho desnudo.

El vago olor de su deseo me hace la boca agua y empieza a llenarme la mente de imágenes y fantasías que he albergado durante años para un día poder compartirlos con mi futura Compañera.

Una Compañera que si me mirase con más fuego en los ojos me haría arder con su lujuria aquí mismo.

Todas las palabras airadas que quería dedicar a mis hermanos vuelan de mi mente dejándola en blanco, y no soy capaz de centrarme en otra cosa que no sea en ella.

En lo bonita que es. Lo bien que huele. Lo excitada que está y lo mucho que parece gustarle mi forma física humana, cosa que enorgullece esa parte de mí que se siente satisfecha y complacida por causar esa reacción en la hembra a la que estoy Destinado.

—Adele. —Digo su nombre roncamente, y hago caso omiso de la mueca de disgusto de Liam y de los ojos en blanco de Caidan y de los gruñidos asqueados de Zain cuando noto que estoy teniendo una erección a la vista de todos.

Solo soy capaz de pensar en lo mucho que quiero follármela. Besarla. Tocarla.

Entrelazar su alma con la mía y su esencia con la mía y marcarla y no dejarla salir de mi cama hasta que estemos ambos saciados y seamos incapaces de movernos.

Doy un paso hacia ella estrechando una mano con la intención agarrarla.

Liam se lleva las manos a la cara, exasperado; Caidan aparta la vista y se ríe entre dientes, avergonzado; Zain da un grito de indignación y se mueve para intentar interponerse entre mi Compañera y yo, sabiendo lo que hay en mi mente, que no es difícil de deducir.

Y mi Adele suelta un leve grito ahogado, abre los ojos como platos....y echa a correr una vez más como si la persiguiera el mismísimo diablo.

Todos nos quedamos anonadados por su reacción.

Mi Lobo gruñe y yo doy otro paso adelante para intentar seguirla mientras ella desaparece rápidamente por la puerta situada en el lado contrario de la habitación, pero mis piernas eligen

ese momento para derrumbarse.

Miro el lugar por el que ella ha desaparecido con una expresión de angustia mientras estoy espatarrado en el suelo sintiendo mis agarrotados músculos dar espasmos por el esfuerzo de haberme mantenido en pie.

—Bueno, esto no es lo que esperaba. —Dice Liam estúpidamente. —Así que ella de verdad es tu Compañera, y no una de esas acosadoras.

Caidan palmea su hombro aguantándose la risa.

—Será mejor que llevemos a nuestro pobre hermanito de vuelta a su habitación antes de que intente ir tras ella de nuevo en el estado en el que está y se caiga de bruces por alguna escalera.

En este momento, en una rabieta como las que no he vuelto a tener desde que era un crío, decido retirarle su estatus de hermano favorito.

Gruñendo y todavía con las ardientes ganas de hacer a Adele Reindeer mía en cuerpo y alma rugiéndome en las venas, no tengo más remedio más que dejar que mis dos hermanos y mi mejor amigo me lleven a rastras de vuelta a la habitación del hospital.

La próxima vez, me prometo en silencio, no dejaré que ella vuelva a huir de mí.

La próxima vez, Adele Reindeer será mía, tal y como ella ha dejado claro que desea serlo con sus falsos rumores sobre nosotros.



Adele

Apenas respiro hasta que estoy sentada en el taxi.

No puedo creerme lo que acaba de ocurrir.

Ni lo que acabo de hacer.

Ahora no me cabe duda alguna de que Aaron es mi Predestinado y yo el suyo.

Y de que no sé ni qué hacer ni cómo afrontar esta situación.

Me he pasado tanto tiempo soñando con que algo así ocurriera, deseándolo, que ahora que es real no soy capaz de asumirlo.

Es como si de repente mi vida, de la noche a la mañana, se hubiera vuelto una de mis fantasías.

Excepto por lo de Aaron persiguiéndome por las calles de la ciudad aullando en forma de Lobo. Y por el entrometimiento de mi familia (que es lo más realista de todo).

O el hecho de que Aaron Wolf, el Lobo más guapo y más popular de Green Valley, acaba de *tener una erección al verme*; en mitad de la sala de espera del hospital y rodeado por sus hermanos y mi primo, nada más y nada menos.

Y sin ningún tipo de pudor a la vista.

Tengo la sensación de que, si no hubiera estado evidentemente afectado todavía por el sedante, habría intentado seducirme allí mismo, a la vista de todos.

Y me conozco lo suficiente como para saber que yo hubiera cedido a sus encantos y a su belleza con tan solo un par de besos... siempre he sido débil cuando se trata de él.

Hundo mi rostro entre las manos cuando las imágenes de lo que podría haber pasado me vienen a la cabeza.

Son imágenes muy explícitas.

Estoy tan acalorada, tanto por la excitación como por la vergüenza, que me siento al borde de que me dé un sofoco. Otra vez.

—¡Señorita! —Grita el taxista sobresaltándome. —Llevo veinte minutos preguntándole que a dónde vamos.

El hombre humano parece enfadado.

Su rostro me resulta familiar, así que debe de ser uno de los amigos de la tía Beth, que también es taxista.

Sintiéndome aún más avergonzada, le doy la dirección de Sarah sin pensármelo mucho.

Necesito hablar de esto con alguien o me voy a volver loca, y mi prima, pese a nuestras diferencias, siempre es mi primera opción a la hora de compartir mis problemas y buscar consejo.

A pesar de su impulsividad y su falta, a veces, de filtro social alguno a la hora de hablar, Sarah suele dar buenos y sabios consejos.

Aunque ella no se los aplique a sí misma y siempre esté metida en algún lío. Pero es el pensamiento lo que cuenta.

Mi amada prima es tan contradictoria como leal y dulce, y tiene un corazón tan grande y brillante como el sol mismo, y sé que puedo contar con ella en momentos de estrés y ansiedad para que me ayude a centrarme y a retomar el control.

Quizá es por ello que ni siquiera he tenido que pensar mucho a dónde deseaba ir.

Mi corazón ya conoce la respuesta.

Nos detenemos frente al portal de Sarah algo más de diez minutos más tarde, y salgo del taxi disculpándome tras descubrir que ni siquiera llevo conmigo mi cartera.

A esas alturas, el taxista está con un enfado monumental, y yo me apresuro a llamar al piso de mi prima y rezar por que esté en casa y pueda prestarme dinero para pagar al malhumorado hombre, que además ha dejado el contador encendido así que cada segundo que Sarah pasa sin responder la cifra sigue aumentando.

—¡Primaaaa, felicidades! Acaban de darme la noticia. Estamos muy contentos por ti. —
Exclama una voz femenina a voz en grito.

—¡Gina! —Reconozco la voz de una de mis primas Alces, adoptada por la tía Viv y el tío Ferdinand cuando era un bebé y se quedó huérfana, de inmediato. —Necesito que le preguntes a Sarah si me he dejado la cartera y que me bajes algo de dinero para pagar un taxi.

—¿Un taxi? ¡Ahora bajo!

—No, espera, Gina-

Pero ya es demasiado tarde. Gina ha colgado, aunque no sin que yo antes pudiera escuchar un montón de voces de fondo.

Sarah tiene compañía en casa. Probablemente algunos miembros de la familia, que se habrán acercado a preocuparse y preguntar y a cotillear sobre lo ocurrido ya de paso.

Ni siquiera me acordaba, además, de que se supone que Sarah tenía clases en la universidad esta mañana. Aunque me pregunto si habrá ido o no.

Conociéndola, tal vez haya mandado el trabajo que tenía que entregar por correo electrónico y haya puesto alguna excusa para no asistir.

Es lo que ambas solíamos hacer cuando íbamos juntas al colegio y no nos sentíamos con ganas de pasar más de seis horas encerradas en el centro educativo cuando hacía buen clima fuera.

Esos fueron los únicos años rebeldes de mi vida y los recuerdo con cariño.

Me acerco al taxista, que ha salido del coche y se está quejando con la cara cada vez más roja de la ira, y me disculpo por las molestias, aliviada cuando escucho la puerta del patio abrirse tras de mí y veo a varios miembros de mi familia salir del mismo con sonrisas de oreja a oreja.

Gina, Sarah (bingo), Cecile, a la que doy un rápido abrazo de disculpa, y la tía Beth, que se acerca a hablar con su colega y le da el dinero más una buena propina, usando su encanto social para que a éste se le pase el enfado y acabe riéndose de todo y palmeándole el hombro de manera amistosa.

Sarah me abraza soltando un gritito excitado y empieza a dar botes haciendo decenas de preguntas al mismo tiempo que soy incapaz de responder.

—¡Cuéntanoslo todo! —Me ordena con una sonrisa entusiasmada. —¿Has hablado ya con Aaron? ¿Qué te ha dicho? ¿Cuándo es la boda?

—No agobiéis a vuestra prima. —Riñe la tía Beth, a la que agradezco con la mirada. —Y mejor subimos de nuevo al apartamento a hablar, que además el chocolate se estará enfriando. Vamos.

Un rato después, con una taza de chocolate caliente en el estómago y otra en las manos, me siento mucho mejor.

Mi tía y mis primas están sentadas repartidas en el sofá o los sillones del salón y, por sus expresiones, no terminan de creerse lo ocurrido.

No las culpo.

Yo tampoco puedo hacerlo.

—Así que Aaron, mmm... —Cecile se ruboriza hasta las orejas al pronunciar el nombre de mi Predestinado.

Pensar en Aaron de esa forma hace que el corazón me lata como loco de alegría en el pecho, como si estuviera bailando, y me llena de una calidez que hasta ahora desconocía pero que es muy, pero que muy, agradable.

Me pregunto de qué manera pensará Aaron de mí.

Se me llena la mente de imágenes subidas de tono y tengo que centrarme o siento que voy a estallar en llamas en cualquier momento.

—Bueno. —Dice Sarah al fin interrumpiendo el silencio. —Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones Addie: o vuelves a ese hospital y te lo montas con él en su habitación...

—¡Sarah! —Mi voz no es la única que se eleva en protesta.

Cecile está tan avergonzada como yo.

La tía Beth niega con la cabeza y pone los ojos en blanco, pero no discute la afirmación de su

sobrino, y Gina se ríe más de nuestras reacciones que de otra cosa.

—...O lo invitas a tu apartamento a, ya sabes, *hablar*. —Finaliza Sarah tranquilamente moviendo las cejas de manera sugestiva, como si no la hubiéramos interrumpido.

—Tal vez Addie no quiera Emparejarse. —Dice Gina, pensativa.

Sarah suelta un resoplido de incredulidad bastante audible.

—¿Con Aaron Wolf? Por supuesto que quiere Emparejarse. Lleva queriéndolo desde que éramos crías. De hecho, me extraña que esto no haya pasado antes.

La tía Beth asiente.

—Yo también lo creo. Addie siempre ha estado enamorada del chico Wolf y, a diferencia de las otras chicas que lo persiguen, ella no es ninguna *fangul... comosellamen*. Una de esas acosadoras. —Dice encogiéndose de hombros. —Su comportamiento siempre fue uno más propio de una Predestinada. O eso me parecía a mí. Y a gran parte de la familia también.

—¿Cómo puedes saber eso? —Pregunto yo en voz queda.

Sé que algunos miembros de mi familia siempre lo han creído, pero yo nunca me he visto de esa forma a mí misma.

Sí, es cierto que cuando era una niña insensata solía seguir a Aaron y a sus amigos a escondidas de vez en cuando, arrastrando a Sarah y a Cecile conmigo, pero ha pasado un largo tiempo desde que lo único que hago es mirar imágenes de Aaron en su Instagram de vez en cuando.

Mayoritariamente, fotos que Sarah me pasa, ya que es ella quién lo sigue y no yo. Más por vergüenza de que él sepa que lo adoro que por otra cosa.

Y, además, está el hecho de que soy una Recesiva.

Siempre he pensado que, a diferencia del resto de mi familia Cambiante, para mí no habría un Predestinado esperando por mucho que el pensamiento me rompiera el corazón.

Ninguna Alma Gemela con el que compartir mi vida.

La tía Kiara, que también lo es, acaba de cumplir los treinta y ocho y sigue sin Emparejar, y tampoco ha sentido la llamada para ello.

Lo sé porque hablamos a menudo de estas cosas.

Ser las dos únicas Recesivas conocidas en Green Valley nos ha hecho estar muy unidas.

—Le he dicho esto a Kiara muchas veces: puede que seas Recesiva, pero ello no significa que no seas Cambiante, niña. —Afirma la tía Beth con la firmeza de quién cree en la certeza de sus palabras. —Los Cambiantes tenemos enamoramientos cuando somos jóvenes, pero ello no nos dura *años* como en tu caso. Ni son nunca tan intensos. A diferencia de muchos humanos, que pueden enamorarse de una o varias personas durante unos años y luego pasar a la siguiente persona famosa de turno, nosotros no experimentamos algo así. —Gina y Cecile asienten a sus palabras como si lo supieran por experiencia, y veo que Sarah también está de acuerdo porque no discute lo que dice la tía como lo haría si no lo estuviese. —Estaba claro que si tu afecto por

Aaron continuaba era porque había algo ahí mucho más relevante que un simple encaprichamiento pasajero. Y además está el hecho de que, aunque seas Recesiva, ello no significa que no tengas aroma de Cambiante, y tu olor siempre ha sido el de una Cambiante que ha encontrado a su otra mitad. De ello no me cabe duda.

Tengo ganas de llorar.

No por el hecho de que la tía Beth crea con tanta firmeza que Aaron y yo estamos Predestinados, sino porque, a pesar de que amo a mi familia y son las mejores personas que uno podría desear, y de que jamás me han dejado de lado a pesar de ser Recesiva, siempre me he sentido un poco al margen debido a mi condición y a mi carencia de forma animal y a no poder participar como los demás en algunas tradiciones familiares que implican Cambiar a Reno; o a Alce o Ciervo u otras especies en el caso de Gina o Greta u otros de mis primos o tíos adoptivos.

Oír de labios de la tía que ella no me considera diferente a ningún otro Cambiante es un momento muy emotivo para mí.

Sarah deja su taza de chocolate sobre la mesa de centro y me abraza con fuerza, diciéndome lo boba que soy, porque comprende muy bien cómo me siento.

Lo hemos hablado muchas veces y ella constantemente ha intentado hacerme ver que no soy diferente al resto de la familia por mucho que a mí siempre me quedase alguna duda.

Me limpio los mocos con un pañuelo que me pasa Cecile, que también está llorando. Siempre ha sido la más empática de todos nosotros.

—Así que. —Añade Gina al cabo de un rato tras carraspear para aclararse la garganta. —¿Qué vas a hacer?

La pregunta va dirigida a mí.

Aspiro una bocanada de aire y me froto las mejillas húmedas.

Sé lo que voy a hacer, pero estoy tan nerviosa que no sé si voy a poder llevar mi plan a cabo.

Es hora de tomar las riendas y aprovechar lo que el Destino ha traído a mi puerta.

Ese deseo concedido de manera inesperada que abre las puertas a un futuro en conjunto con el hombre que he amado siempre en silencio, creyéndome sin esperanza.

—Sarah tiene razón. —Confieso. —Aaron es... Aaron es mi Predestinado. Y quiero estar con él.

Sonríó cuando las palabras salen de mis labios. Se siente tan bien poder decir eso en voz alta. Admitirlo por fin y no ocultarlo más.

Poder llamar a mi Aaron *Predestinado*.

Durante todos estos años, me he acostumbrado a estar sola. Pero siempre he soñado, en silencio y en privado, con una vida junto a él, aunque me riñera a mí misma por esos sueños que no podía controlar y que era incapaz de detener sin importar lo que hiciera o lo mucho que me avergonzara de mí misma por ello.

Lo mucho que intentara decirme que no estaba bien y que debía detenerme a pesar de que no hacía nada más que soñar y procurar mantenerme alejada de él.

Y ahora esa vida podría ser una realidad.

Está claro, por su reacción en el hospital, que Aaron me quiere para sí. Pero, ¿seguirá queriéndome una vez me conozca?

Sé que no es una pregunta que muchos Cambiantes se hagan, porque yo también he crecido en una familia que da por sentado que su Predestinado es su Alma Gemela y que por ende es perfecta y encaja perfectamente en su vida y en su alma.

Pero no puedo evitar preguntármelo.

No quiero decepcionarme ni ilusionarme demasiado.

El tiempo lo dirá, imagino.

Y estoy dispuesta a arriesgarme.

—Vas a invitarlo a tu apartamento, ¿verdad? —Sarah me mira con ojos inquisitivos.

Es una pregunta retórica.

Ya conoce la respuesta y yo también.

Si hay un lugar donde quiera Emparejarme, ese es mi hogar. Mi nido, como lo llama Cecile a veces.

Asiento, y el salón se llena de gritos excitados una vez más.

Ya es hora de que afronte mis propios sentimientos y mis miedos y haga acopio de todo mi valor.

Se acabó lo de ocultarme de mí misma y de mis deseos y negar su existencia.

Se acabó el huir de mi Destino.



Aaron

—Es aquí.

Zain detiene la moto frente un edificio de apartamentos de fachada blanca que me recuerda a los de París, y yo me quito el casco y me bajo de la moto de un salto agradeciéndole el que me haya traído.

Por suerte, los efectos del tranquilizante se han pasado ya.

Por desgracia, mis hermanos están histéricos.

El único que más o menos mantiene la calma es Caidan, que me ha deseado suerte tras ayudarme a escaquearme del hospital por una puerta trasera.

Incluso Duncan, que suele ser casi tan calmado como Caidan, se ha presentado en el hospital con el ceño fruncido y los brazos cruzados y exigiendo que alguien le contara algo sobre Adele para «hacerse una idea» de ella.

Mi Adele.

De la que han estado hablando y averiguando e inquiriendo como si ella fuera una espía o una criminal en vez de mi jodida Compañera.

Amo a mis hermanos, pero sus aires sobreprotectores me caldean los nervios.

Si no fuese por la ayuda de Caidan, todavía estaría tumbado en la cama del hospital con Ewan sentado a mi lado e insistiendo en que me hicieran un análisis de sangre para comprobar si estaba bien; los gemelos interrogando a la pobre doctora que tenía turno hoy sobre los efectos del tranquilizante; Duncan inquiriendo a Liam sobre Adele; y mis cuñadas más de lo mismo.

Tengo veintinueve malditos años.

No soy un crío incapaz de cuidarse a sí mismo.

Y Adele *es mía*.

No alguien sobre quien ellos tienen derecho a decidir si yo debo ver o no.

Mía.

Y, gracias a Zain, que ha recibido un mensaje de texto de su prima pidiéndole que hablase conmigo, ahora sé que ella me espera en su apartamento.

Caidan vuelve a ser mi favorito una vez más.

Si no hubiera insistido en «acompañarme» a una supuesta prueba cardíaca, ordenándoles a mis hermanos que se quedaran atrás a esperar, ahora todavía estaría encerrado en esa habitación sin poder intentar levantarme sin que mi familia amenazara con atarme a la maldita camilla de nuevo

como si estuviese hecho de cristal y el esfuerzo fuera a romperme.

—Es la puerta veintidós. —Me dice Zain tras darme un puñetazo amistoso en el hombro.

Llevo puesta la ropa que él ha traído para mí después de que Caidan lo mandara a por ellas durante mi escape, y no son nada favorecedoras, pero tendrán que bastar.

Las que había traído Ewan las ha escondido él en el armario de la habitación y se ha negado a dármelas hasta que me diesen el alta a pesar de mi enfado.

De todas formas, tampoco planeo llevarlas puestas durante mucho rato.

No puedo dejar de pensar en ella.

En la forma de sus gruesos labios y la belleza de sus ojos y en lo mucho que la deseo.

Estoy nervioso, y eso no es algo que me pase a menudo.

Subo las escaleras de dos en dos hasta su piso, porque soy incapaz de esperar a que baje el ascensor, y cuando llego al rellano me detengo frente a la puerta entreabierta de su apartamento.

Trago saliva y me ajusto el suéter, irritado porque no deja de deslizarse por un hombro y es bastante molesto. Y además la lana pica.

No sé dónde habrá encontrado Zain la ropa pero está claro que no ha sido pensada para mí originalmente.

El suéter me aprieta los brazos y me está ancho en el resto del cuerpo a pesar de que no soy precisamente un Lobo pequeño, y los pantalones de chándal son tan cortos que apenas me llegan a las rodillas.

Y llevo chanclas. *Chanclas.*

De repente, decido que prefiero que ella me vea desnudo a que me vea vestido con esta ridiculez espantosa, y me quito la ropa hasta estar como mi madre me parió al mundo, lanzándola a un lado de la entrada de su piso en cuanto entro cerrando la puerta tras de mí.

Espero que a ella no le moleste o no se lo tome a malas.

Como Cambiante, y viviendo con seis hermanos que no tienen ni un ápice de respeto por mi privacidad, he aprendido a no tener mucho pudor y a no sentirme consciente de mí mismo cuando estoy desnudo.

Camino por el apartamento siguiendo la pista del vago y dulce olor de mi Compañera, y ahogo un gruñido de necesidad sintiendo cómo los músculos de mi abdomen se tensan cuando el aroma se hace más intenso.

A azahar, café recién hecho, y deseo.

Se me hace la boca agua.

Adele está sentada con las manos en el regazo en uno de los sillones del salón, e inicialmente me sonrío tímidamente al verme para luego abrir los ojos como platos y ruborizarse hasta la raíz del cabello al percatarse de mi estado de desnudez.

—Lo siento. —Me disculpo. —No llevo mi ropa conmigo y la del hospital era incómoda.

Súbitamente, me siento algo avergonzado de haber asumido que ella no se sentiría incómoda con mi desnudez. Especialmente tras lo que ha ocurrido horas antes en el hospital.

Está atardeciendo, y la luz que entra por la ventana ilumina su cabello con reflejos dorados y hace que parezca una diosa de la primavera con el vestido que lleva puesto.

Tan bonita y adorable que quiero agarrarla entre mis brazos y no dejarla ir.

—No.... No pasa nada. —Carraspea y eleva los ojos con evidente esfuerzo hacia mi cara.

Yo procuro no sonreír porque es evidente que ella está procurando no volver a mirarme la entrepierna.

No es que me importe. Al fin y al cabo soy todo suyo.

Y ella es toda mía.

El suelo de madera cruje bajo mis pies descalzos cuando me acerco hasta donde está ella sentada y me dejo caer en el sillón de enfrente.

Por ella, más que por otra cosa, y por su evidente incomodidad, pongo la manta que hay apoyada en uno de los brazos del sillón sobre mi regazo y cubro mis genitales de la curiosa mirada llena de calor de mi Compañera.

Ya habrá tiempo para acostumbrarnos a estar desnudos en la presencia del otro sin avergonzarnos.

Lo tenemos de sobra.

Toda una vida por delante.

—Gracias por venir. —Me dice ella en un tono de voz suave y dulce, y yo aprieto los puños y me contengo para no ceder al impulso de besarla cuando se muerde los labios de manera nerviosa.

—Gracias a ti por invitarme.

Normalmente, soy uno de los Wolf más socialmente aceptables, pero en estos momentos las finuras sociales se me están haciendo muy cuesta arriba y todo me parece ridículo.

Estoy impaciente.

Mi mente me incita a seducirla. A hacerla mía.

Pero al mismo tiempo al respetar su espacio y su ritmo, y me recuerda las malditas Leyes que papá y Liam se empeñaron en inculcarnos a todos desde nuestra infancia.

Ella debe ser la que dé el primer paso.

En ese sentido, yo estoy atado de manos por mucho que lo que más desee en estos momentos sea hacerle el amor aquí mismo y Emparejarme con ella de inmediato.

Mi vista desciende hasta sus pechos y, de ahí, hasta su generosa cintura y sus curvilíneas caderas.

Quiero morderle los muslos.

Llenar su piel de marcas. Cubrirla con mi aroma.

Deseo que el universo entero sepa que es mía.

—Me gustaría.... Me gustaría que aclarásemos algunas cosas. —Dice mi Compañera finalmente sacándome de mi ensimismamiento mientras me imaginaba su hermosa boca alrededor de la erección que presiona contra la áspera tela de la manta de lana que la cubre.

—Por supuesto. —Sonríó conteniéndome para no levantarle la falda al ver cómo ella se pasa las manos por la longitud de la prenda para alisarla sobre sus gruesos muslos de manera recatada.

Ella aspira una bocanada de aire y asiente, llena de resolución, y a mí la distancia física entre nosotros se me hace cada vez más insoportable.

—En primer lugar quiero que sepas que el lío de esta mañana...

—Olvidado. —Me apresuro a decirle.

—Oh. —Se interrumpe ella parpadeando con sorpresa. —Aun así, quiero que sepas que no ha sido idea mía. Mi familia ha malentendido las cosas. La pobre Bisonte Feral...

Frunce el ceño con preocupación como si se le acabase de ocurrir algo y yo tengo la intuición de que sé lo que es.

—Está de vuelta en el territorio Wolf. —Le aclaro para que se quede tranquila y no se preocupe por ella. —Bert y Karen la han subido hasta la casa para que dejase de causar problemas en la ciudad.

Ella sonrío de alivio.

—Me alegra oír eso. Parecía tan solitaria...

Mi Compañera es dulce y compasiva.

No me sorprende. Ya lo sospechaba.

He hecho mi propia investigación sobre ella estos días pasados desde que Bert me habló de ella.

Y puedo además sentir su espíritu y su aura, como una suave melodía hecha de luz cálida y acogedora, a pesar de que es menos evidente que el de cualquier otro Cambiante.

Debe deberse a su condición de Recesiva, concluyo.

—Zain me ha explicado lo de tu familia. —Le digo cuando veo que ella duda sobre cómo proseguir. —Lo de que han exagerado las cosas sin que tú tengas mucho que ver al respecto.

Ella asiente con alivio.

—Lo lamento, pueden ser un poco impulsivos. Pero son buena gente.

—Lo sé.

Conozco a los Renos desde hace muchos años. Sé cómo pueden llegar a ser y no me extraña que hayan montado todo este lío sin proponérselo.

No sería la primera vez, por lo que me ha ido contando mi amigo con los años.

—Bien. —Sonríe ella. —Así que ahora que hemos aclarado esto, me gustaría preguntar algo más.

—Adelante.

—Eres... —Carraspea y se muerde los labios de nuevo. Me está volviendo loco. Voy a perder el control si sigue así. —Quiero decir, soy tu Compañera, ¿no es así? Por favor, corrígeme si me equivoco y me disculparé y no volveremos a hablar de esto. Yo...

—Sí. —Digo roncamente y con intensidad, interrumpiendo su retahíla nerviosa. —Sí. — Repito de manera más moderada pero no menos llena de anhelo.

Ella suelta el aire de sus pulmones y asiente sin dejar de mirarme, como si acabase de confirmar algo que deseaba escuchar pero sobre lo que no estuviese muy segura.

—Entonces... —Susurra, indecisa.

Su mirada se caldea y se relame los labios para humedecerlos y yo sé qué es lo que está pensando.

Lo mismo que yo ahora mismo: en nuestra unión física. Nuestro Emparejamiento.

—Cuando estés dispuesta. —Le digo con calma a pesar de que la sangre de mis venas arde con tanta intensidad que me siento enfebrecido.

Me digo que puedo esperar. Que puedo contenerme.

Por ella. Para ella.

Esperaré el tiempo que haga falta aunque ello me vuelva loco.

Solo espero que no sea mucho.

—Sí. —Responde ella con energía sorprendiéndose incluso a sí misma, y yo contengo un gemido de anhelo y aprieto la lengua contra mi paladar sintiendo mis colmillos alargarse y a mi Lobo queriendo salir y hacerse con el control de la situación.

—Quiero decir... que sí. Que me gustaría. Si tú quieres, claro. —Hace una pausa. —Aunque te advierto que puedo ser un poco difícil, y que llevo bastante viviendo sola y que tal vez no sea tan fácil para mí como para...

—Adele. —Interrumpo con suavidad, porque está nerviosa de nuevo y no quiero que lo esté. No conmigo.

Soy suyo. No hay nada que ella haga o diga que vaya a molestarme demasiado o a alejarme de ella para siempre.

Así son las cosas para los Cambiantes. —Eres mi Predestinada. Y yo soy el tuyo. Estaremos bien.

Ella asiente como si no supiera qué responder a ello y yo contengo una sonrisa por lo obediente y lo apacible que parece.

Tan dulce como para lamerla de arriba abajo milímetro a milímetro.

Quiero conocer su sabor íntimamente.

No hay dudas en mí sobre lo mucho que deseo que esta mujer sea parte de mi vida por el resto de la misma y más allá.

Y no me importa si a los ojos ajenos nuestra unión parece apresurada e impulsiva.

Aunque no es que Liam, Ewan o los gemelos tengan mucho de lo que quejarse al respecto.

Ellos fueron quizá incluso más rápidos que yo en decidir que deseaban unirse a sus Predestinadas.

Y no me parece extraño.

Es como debe ser.

Las cosas entre Cambiantes tienen un ritmo diferente a las uniones entre humanos.

Adele traga saliva y se levanta de su asiento, acercándose a mí, y yo me obligo a permanecer sentado porque tengo la sensación de que ello le ha costado mucho valor, y de que es tímida, y no quiero asustarla con la intensidad de lo que ya siento por ella.

—Vamos... ¿Vamos al dormitorio? —Me tiende una mano temblorosa pero decidida, y los ojos le brillan de anhelo.

Cojo su mano y me levanto entrelazando sus dedos con los míos y dejando caer la manta al suelo.

Y dejo que me guíe hasta su habitación, aspirando el aroma de su cabello y conteniendo un gruñido apreciativo cuando el vestido que debe de haberse puesto para la ocasión marca sus generosas curvas al moverse.

Ahora que mi Lobo sabe que va a obtener lo que quiere, por fin está en calma.

No puedo esperar a que esta mujer sea mía en cuerpo y alma.



Adele

Voy a acostarme con Aaron Wolf.

No, no solo voy a acostarme con Aaron Wolf.

Voy a *Emparejarme* con Aaron Wolf.

Oh, Espíritus. Estoy tan excitada y tan nerviosa que apenas puedo respirar con normalidad.

Jamás me había imaginado que llegaría un día como este.

Bueno, sí, sí que me lo había imaginado. Muchas veces. Incontables veces.

Pero nunca lo había considerado un escenario realista.

Qué tonta he sido.

Si me hubiera acercado a él de manera honesta en vez de esconderme entre las sombras y confiar en que mis habilidades de Recesiva me ayudaran a pasar desapercibida, habríamos pasado años ya estando Emparejados.

Pero no vale la pena echarse a llorar por posibles caminos cuyo puente se ha derrumbado hace mucho. Lo que importa es el aquí y el ahora.

Y ahora mismo Aaron Wolf, objeto de mis fantasías desde que tengo uso de razón, está parado frente a mí a los pies de mi cama esperando a que yo le dé una señal para continuar, tal y como mandan sus costumbres Wolf.

Por supuesto que he oído hablar de las Leyes. Todo el mundo ha escuchado hablar de las infames Leyes de los Wolf.

Así que sé que él está esperando a que yo dé el primer paso en nuestra relación.

Las manos me tiemblan de ansiedad y de ganas a partes iguales.

Aaron está muy quieto y sus ojos no se apartan de mí.

Me recorre un escalofrío.

Es como si me estuviera desnudando con la vista.

Me siento expuesta y vulnerable ante este Lobo apuesto y oscuro y magnético, y no sólo por el hecho de que lleve sangre de Cambiante tipo presa en mis venas.

Cuadro los hombros y me quito la chaqueta de lana que llevo sobre el vestido. Le siguen las zapatillas de estar por casa, los calcetines y, tras armarme de nuevo de valor, el vestido, que desabrocho antes de dejar que se deslice por mis hombros.

No llevo ropa interior.

No es precisamente que la vaya a necesitar así que no me he molestado en ponérmela.

Ambos somos Cambiantes (y yo me siento Cambiante, Recesiva o no. Me he criado entre ellos), y sabemos lo que el ser Pareja Predestinada implica, así que no hay tantas dudas en mí como las habría para una humana a pesar de que, cuando miro al futuro y me imagino a Aaron en él junto a mí, me invade una oleada de nervios y anhelo y excitación que me pone un poco nerviosa.

Pero eso es algo que pasará una vez nos adaptemos el uno al otro y nuestras vidas y rutinas se entremezclen, tal y como están a punto de hacerlo nuestras almas.

He esperado toda una vida a que llegue este momento y me he imaginado una y otra vez cómo se sentiría tener las manos de mi Compañero sobre mi piel, su cuerpo junto al mío, y su espíritu entremezclado con el mío propio, y ahora que eso está a punto de suceder me siento como si estuviese saltando al vacío y, a pesar del miedo, supiese que Aaron estará ahí para salvarme cuando caiga.

Y sé que él tal vez también siente lo mismo.

—¿Puedo tocarte? —Dice mi Predestinado con voz enronquecida, y yo asiento y trago saliva.

Él no ha dejado de mirarme con evidente apetito incluso antes de que cayera al suelo la última prenda, como si estuviese fascinado y hechizado por mí.

Si no supiese que soy bastante normalita, ni fea ni guapa sino normal, pensaría al verlo mirarme de esa forma que soy una diosa de la belleza en carne y hueso.

Pero tal vez eso es algo que todos los Cambiantes sienten por sus Compañeras sin importar nuestro aspecto físico a los ojos de los demás.

—Sí. —Respondo con una sonrisa trémula y el pulso acelerado al máximo.

Los dedos de Aaron acarician la piel que va desde el valle entre mis pechos hasta mi ombligo, y dejan a su paso un rastro de piel de gallina y escalofríos de deseo.

Mis pezones se endurecen y mi sexo se humedece más aún de lo que ya lo estaba.

Llevo excitada por él desde que lo he visto esta mañana. Desde antes de lo que ha ocurrido el hospital.

Pero el verlo caminar desnudo por mi apartamento se siente tanto como una de mis fantasías que casi me da un sofoco cuando ha entrado por la puerta del salón.

Aaron es tan bello que no necesita palabras para describirlo. Basta con mirarlo para quedarse tonta y que todo pensamiento coherente vuele de mi cabeza como si nunca hubiese sido capaz de pensar con claridad en primer lugar.

Su belleza masculina y magnética roba el aliento, el tiempo, el espacio y la cordura.

Me siento suspendida en un instante eterno mientras él me toca.

Sus manos continúan su danza por mi piel, haciéndome temblar con sus ligeros toques, y su erección goteante y de venas palpitantes, que él está ignorando de una manera que yo no puedo

(mis ojos no dejan de desviarse hacia su miembro erecto a cada segundo a pesar de que intento concentrarme en sus manos y en su hermosa mirada verde oscura y en sus magníficos labios), tiembla de vez en cuando como sacudida por una corriente eléctrica.

Respirar se vuelve una tarea cada vez más difícil y mi piel arde como si estuviera enfebrecida.

Aaron gime roncamente y sus manos acunan mis pechos como si estuviesen hechas para ello.

Caben perfectamente en sus palmas.

—¿Puedo besarte? —Pregunta él mirándome a los ojos con las pupilas tan dilatadas que el verde de sus ojos es apenas visible.

Yo asiento, tan atrapada en la intensidad del momento que soy incapaz de hablar, y él inclina su rostro hasta que nuestros labios están separados por apenas unos milímetros y puedo sentir su cálido aliento contra mi boca.

Y captura mis labios en un beso que empieza como una suave y tentativa exploración y que poco a poco se hace más profundo y dominante.

Me pierdo en el sabor de él. En la boca de él. En la sensación de sentir su lengua acariciando la mía.

Mi mente se deshace como si estuviera consumida en llamas y mis pensamientos se dispersan, y soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo bien que se sienten sus besos y las maravillosas sensaciones que sus dedos provocan sobre mis pezones y lo húmedos y pegajosos que están mis muslos y mi sexo.

Me escucho gemir como una gata en celo y mis piernas se mueven sin que yo les haya dado la orden para ello y apego mi cuerpo al de él buscando más contacto y sintiendo su erección presionar contra mi estómago, dura y suave y húmeda.

—Aaron... —Suplico sin saber qué es lo que estoy pidiendo pero incapaz de detenerme cuando él hace una pausa entre beso y beso para dejarme respirar.

Mi Lobo gruñe con necesidad y me levanta con facilidad asombrosa en sus fuertes brazos, haciéndome dar un grito de sorpresa.

Enredo mis brazos en su cuello para sostenerme mientras él me deja en la cama, sobre mis sábanas blancas llenas de flores amarillas de algodón que no me he molestado en cambiar desde esa mañana, y se coloca sobre mí abriéndome las piernas.

Su boca desciende por mi cuello y yo me arqueo contra él buscando más fricción entre nuestros cuerpos, pero Aaron pone un brazo de hierro sobre mi estómago y me sujeta contra las sábanas ignorando mis ruegos.

Mis manos se aferran a su espalda y siento los músculos moverse contra mis dedos desesperados mientras él desciende por mi cuerpo, deteniéndose a besar y succionar mis pechos hasta que espasmos de necesidad y placer me sacuden de la cabeza a los pies y la piel se me llena

de una fina capa de sudor.

Lo necesito dentro de mí, pero él es mucho más paciente que yo, al parecer.

Mi Lobo se toma su tiempo conmigo.

Juega con mis pechos hasta que yo lloriqueo por placer y dolor por la sensibilidad de mis pezones, y solo entonces desciende todavía más, dejando un rastro húmedo de besos por mi estómago y mi vientre y haciéndome jadear de anticipación cuando siento su boca sobre mi centro.

—Estás tan hermosa. —Me alaba él mirándome intensamente a través de sus párpados entrecerrados con su boca a escasos centímetros de mi palpitante entrada. —Y eres toda mía, ¿verdad? ¿Has estado esperando por mí?

Asiento entre súplicas.

La garganta me duele por los sonidos que soy incapaz de parar de hacer, y que se incrementan cuando él hunde su boca con una sonrisa satisfecha entre mis piernas y empieza a lamer mi entrada como si quisiera devorarme.

Lloriqueo y me arqueo y enredo mis dedos en su pelo rogando por más y él me da exactamente lo que necesito.

Estoy tan sensible e inflamada que no tardo en llegar al orgasmo. Basta con el movimiento de su lengua contra mi clítoris y con sus dedos apartando mis labios inferiores y acariciando mi mojada entrada.

El orgasmo llega a mí como una oleada de placer y alivio que me deja mareada y extasiada pero con ganas de más.

Aaron gruñe complacido y lame cada gota de la esencia que se derrama de mi interior, metiendo su lengua en mi interior y presionándola contra mis sensibles paredes interiores hasta que ya no hay más que pueda tragarse.

Y entonces se eleva poco a poco sobre mi cuerpo de nuevo trazando un camino con su lengua hasta llegar a mis labios, que captura en un beso lánguido pero pasional.

—Aaron... —Gimo tirando de su pelo, y él gruñe contra mi boca y me muerde con suavidad el labio inferior como castigo por mi impaciencia.

—No puedes esperar para sentirme dentro de ti, ¿verdad, Compañera? —Pregunta complacido.

—Por favor.... —Jamás en mi vida había suplicado tanto como ahora. —Por favor, lléname de ti. Te quiero en mi interior. Por favor, Aaron....

Soy una persona tímida pero orgullosa por naturaleza, y a veces me cuesta incluso disculparme, pero la lujuria me posee como si su fuego hubiese hecho arder a la dulce y tímida Adele que soy cuando estoy en pleno uso de mis facultades y hubiera dejado atrás a la fogosa y lujuriosa Adele de mis fantasías más íntimas.

—Tus deseos son órdenes para mí. —Susurra él contra mi boca y aferra mis muslos con sus

manos, abriéndolos hasta que puede colocarse con facilidad en mi entrada.

Y se envaina en mi interior con una lentitud enloquecedora.

Mis músculos interiores, desacostumbrados a la intrusión, tiemblan alrededor de su considerable envergadura, y yo me aferro a sus hombros y jadeo contra sus labios hasta que está totalmente dentro de mí.

Mi Lobo gime roncamente contra mi cuello y muerde mi hombro cuando empieza a moverse una vez me he acostumbrado a su longitud.

Sus primeras investidas son lentas y cuidadosas, pero se van acelerando una vez mi cuerpo está habituado a ello. Listo para él.

Y, con cada una de ellas, toca puntos en mi interior que me hacen ver las estrellas.

Sé, por comentarios de algunas de mis primas y tías, que el sexo con un Predestinado es incomparable a ningún otro.

Que nuestros cuerpos están hechos el uno para el otro y que las Cambiantes tenemos muchos más puntos de placer en el interior de nuestros sexos que las mujeres humanas.

Pero nada de lo que había imaginado hasta ahora puede hacerle justicia al placer que siento cada vez que Aaron se mueve en mi interior.

Cada vez que jadea o gime y me susurra lo bien que me siento a su alrededor, lo perfectamente que encajamos el uno contra el otro.

El dormitorio se inunda del sonido de nuestros jadeos y gemidos y del indecente staccato de sus caderas golpeando contra las mías cada vez con más celeridad, con más apremio, buscando alcanzar una cima que hará que nuestros espíritus se eleven y se enreden el uno en el otro.

Sucede casi de manera inesperada.

Las caderas de Aaron envisten contra las mías y su miembro golpea un punto en mi interior que me hace temblar de placer de manera más intensa que nunca, y entonces toda yo estallo como una tormenta súbita y poderosa que deshace la conexión entre mi cuerpo, mi mente, y mi alma, y que arrastra a mi Compañero consigo.

A través de la bruma de mi propio placer, escucho a Aaron rugir el suyo propio, y siento su espíritu (grande, pesado y eléctrico como una tormenta de verano) enredarse con el mío hasta que ya no pueden ser separados.

Cuando vuelvo de nuevo a retomar la conciencia, Aaron está temblando con los restos de su orgasmo recorriendo sus músculos en forma de intensos espasmos y sus dientes están hundidos en mi hombro, Marcándome como suya.

Y los míos en el suyo.

El sabor de su sangre es inesperado, pero no desagradable, y ello combinado con los últimos vestigios del intenso orgasmo que acabo de experimentar y con la presencia de su alma contra la mía, y con la sensación del nudo de la base de su pene hinchándose hasta dejarnos unidos

físicamente mientras él termina de derramar su cálida semilla en mi interior, hace que el placer me sacuda de nuevo en un orgasmo menos intenso pero no menos devastador.

Mi Lobo besa mi cuello, mi rostro, mis labios, y murmura mi nombre una y otra vez como un mantra, y puedo sentir su amor y su posesividad y su sentimiento de pertenencia emanando en oleadas de él a través de nuestra conexión.

Una vez su nudo se desinfla, mi Compañero sale de mí con cuidado y me coge entre sus brazos llevándome hasta el baño mientras yo le doy direcciones sobre cómo llegar y nos mete a ambos en la ducha bajo el chorro de agua caliente.

Yo dejo que me enjabone y me lave, adormilada y satisfecha y absolutamente agotada por los eventos del día.

Y, unos minutos después, cuando él me ha secado con una toalla el cuerpo y el pelo con el secador y ha hecho lo propio consigo mismo, emanando un sentimiento de contento y felicidad por haber cuidado de mí (mi dulce Lobo bobo y protector), me acurruco contra él en la cama bajo las sábanas que él acaba de poner frescas tras encontrar un juego en un armario empotrado del pasillo y me duermo con la cabeza contra su pecho y sus manos acariciando mi cabello con ternura.

Y lo hago sin dejar de sonreír.

Mi Emparejado.

Mi amor.



*Epílogo I***Aaron**

Dos meses después...

Hay muchas leyendas sobre los Recesivos y sus extrañas habilidades para volverse casi invisibles a los sentidos de otros Cambiantes.

Y también algunas, misteriosas y contadas siempre como un montón de fábulas más que como una verdad histórica, que hablan de la habilidad de los Recesivos de Cambiar a la especie con la que se Emparejan.

Hasta ahora, yo había creído lo mismo que la mayoría: que éstas últimas no eran más que meras leyendas y fábulas.

Cuentos para niños.

Excepto por el hecho de que mi Adele me está mirando con expresión de estar tan confusa como yo.

Parada en mitad de nuestro salón en el que hasta hace poco era su piso de soltera.... En forma de Loba.

El Cambio ha sido súbito e inesperado.

Tanto como nuestro Emparejamiento.

Y, tal y como lo ha sido nuestro Emparejamiento, también es maravilloso e increíble.

Adele da vueltas sobre sí misma y se mira las patas y la cola y olisquea con curiosidad su pelaje marrón chocolate.

Y sus padres y su tía Anastasia, que han venido a visitarnos esa tarde y a tomar un café para ayudarnos a planear nuestra ceremonia tradicional de Emparejamiento mezclando costumbres de Renos y Lobos con respeto por ambas culturas, la miran boquiabiertos.

Como lo hacen también su tía Vivienne y algunas de sus primas, entre las que se incluyen sus amigas Sarah y Cecile, a las que conozco un poco más que al resto, y que acaban de llegar hace poco cuando se han enterado de la reunión que manteníamos y han decidido participar.

La bandeja llena de dulces, café, y leche que Adele cargaba desde la cocina yace en el suelo con sus contenidos desperdigados por la alfombra.

Y yo, que cargaba otra con un juego de té para Anastasia, a la que no le gusta el café, estoy a punto de que la mía sufra el mismo destino cuando el Cambio sucede de repente.

No hay previo aviso.

Ni señales, tanto físicas como espirituales, ni nada que nos anuncie el Cambio.

Hace unos segundos Adele caminaba en su forma humana llevando una bandeja en sus manos con una sonrisa en el rostro y, ahora, la humareda negra que la ha envuelto se desvanece y hay una Loba en su lugar que es claramente mi Compañera.

Adele me mira anonadada de nuevo, y entonces se hace el caos.

Su familia, que son ya generalmente de por sí dicharacheros y dados un poco al dramatismo, empieza a gritar cada cual por su cuenta.

Sus padres saltan de sus asientos entre gritos de sorpresa; su tía Anastasia, que parece ser una de las más tranquilas, curiosamente no parece tan sorprendida; y su tía Vivienne y sus primas sacan sus teléfonos móviles y se ponen a hacer fotos y a teclear en ellos como locas.

Todas excepto Sarah, que se gira hacia mí y eleva un dedo acusatorio.

—¡Esto es culpa tuya, seguro que has sido tú!

Yo ni siquiera sé cómo ha llegado a esa conclusión.

Confuso, pero sabiendo que mi Compañera no está en peligro ni siente dolor (mis instintos y mi Lobo estarían como locos si así fuera. Y, de hecho, mi lado animal está complacido y tranquilo, lo que me hace sospechar que quizá Sarah tenga algo de razón y mi Lobo tenga la culpa de ello de alguna forma), dejo la bandeja de té sobre la mesa de centro y saco mi móvil del bolsillo del pantalón tras asegurarme de que Adele se siente bien una vez más tocando mi alma con la suya y sintiendo su confusión poco a poco desvanecerse, siendo sustituida por su fascinación y su alegría de por fin tener una forma animal aunque no fuese la que se esperaba.

Liam responde al primer timbre, así que debe de haber tenido el móvil en la mano o de estar aburrido ahora que la casa está vacía a excepción de él y su pequeña familia, y de que Sheila ha cogido la costumbre de ir a tomar un café a casa de Pam con algunas de mis cuñadas y sus amigas y se lleva a Samara consigo.

Además sé que no hay Consejo hoy porque lo hemos hablado esta mañana por el grupo familiar de WhatsApp.

—Hey, Aaron, ¿todo bien? ¿Qué pasa, por qué están los Renos gritando esta vez?

Liam ni siquiera parece extrañado a estas alturas.

La familia de mi Adele es maravillosa. Acogedora. Llena de amor y de lealtad y muchas otras cosas más.

Pero también tiende a ser ruidosa, especialmente cuando se juntan varios, como ahora.

Hasta Liam se ha acostumbrado estas últimas semanas a su dramatismo y apenas hace comentarios cuando lo llamo y escucha a alguien reír o gritar o cantar de fondo.

Los Reindeer también están muy unidos. Tanto o más que los Wolf. Y vienen a visitarnos a menudo o nos invitan a sus hogares a comer o a cenar o simplemente a pasar el día.

Adele y yo hemos estado pasando la mayor parte del tiempo a solas, conociéndonos mejor el uno al otro, y estamos aprendiendo a compaginar el pasar el tiempo con su familia y con la mía y a tener nuestro propio espacio, tanto individualmente como en pareja o en trabajo.

Encajamos maravillosamente bien.

No es que nunca lo haya dudado desde que posé mis ojos sobre ella.

Estamos Destinados, al fin y al cabo. Y yo siempre he creído en el Destino, a diferencia de mi hermano Ewan.

—Liam, escucha. —Le contesto a mi hermano Alfa ignorando sus preguntas. —¿Alguna vez has oído de algún caso de una Recesiva adoptando la forma animal de su Emparejado?

Se hace el silencio unos segundos al otro lado de la línea.

—Papá me dijo algo al respecto hace años, creo recordar. —Me dice mi hermano, pensativo. —Sobre un Bisonte Recesivo que adoptó la forma de Zorro Rojo de su Compañera unos días después de Emparejarse. Pensé que era un cuento y nada más, ya que no hay nada escrito sobre ello en los Registros del Consejo.

—Ajá. Pues no lo es. —Veo a Gina, una de las numerosas primas de mi Adele, hacer un vídeo en directo en sus Redes Sociales con mi Compañera de fondo mientras habla excitadamente sobre su nueva forma de Loba. —Oye, ¿podrías pasarte dentro de un rato? Cuando puedas.

—Aaron, ¿qué es lo que estás insinuando?

—No insinúo nada. Adele acaba de Cambiar a forma de Loba.

—....Me estás tomando el pelo. ¿Es por lo que pasó en el hospital? No me digas que sigues todavía cabreado porque te obligué a volver a tu habitación y porque reñí a Adele cuando creí que era una de esas chaladas.

—Liam, no es eso. Tú solo ven ¿vale? Y tráete a los Alfas Reno contigo, si es que la familia de Adele no los ha llamado ya, cosa que dudo. Vamos a tener que incluir a mi Compañera como Loba en el Registro de Cambiantes de la ciudad.

Una humareda negra envuelve a Adele de nuevo y, cuando se desvanece, está otra vez en forma humana y completamente desnuda.

Nos miramos por encima de la cabeza de su madre, que la está abrazando hasta sacarle todo el aire de los pulmones, y nos echamos a reír de golpe.

—¿Aaron? —Pregunta Liam al otro lado de la línea. —Salgo de casa en unos minutos.

—Gracias. Nos vemos en un rato.

Cuelgo el teléfono y me acerco a abrazar a mi Compañera sintiendo su felicidad contra mi espíritu.

No puedo esperar para compartir con ella la belleza del bosque a la luz de la luna llena.

Hasta su forma de Loba es de una belleza que arrebató el aliento de mis pulmones.

Mi Adele.

Mi dulce Loba.

Mi Compañera.



Epílogo II

Keo

Dos días después...

—¿Has oído las últimas noticias? Adele Reindeer es una Loba. Al parecer se trataba de una Recesiva y ha adoptado la forma Cambiante de su Emparejado.

La afirmación es tan extraña como el hecho de que sea mi hermano Aros quien la diga.

Mi serio y estricto hermano menor no hace bromas tan ridículas, aunque he de admitir que su sentido del humor es en ocasiones de lo más estrafalario.

Mi sobrina, su hija Elektra, se gira hacia su padre y lo observa con curiosidad desde su asiento a los pies de su madre, Gloria, que peina con paciencia el largo cabello blanco de su hija y sonrío cuando mi mirada se desvía hacia ella con la muda pregunta de si mi hermano se ha vuelto loco de repente en la mirada, a lo que ella niega entre risas con la cabeza.

Aros suspira y pone los ojos en blanco al ver el intercambio y yo alzo una ceja y devuelvo mi atención a los papeles que hay sobre mi escritorio.

Con el paso de los años, mi despacho parece haberse convertido en el centro de reunión de mi familia y Clan.

Es bastante grande y tan ostentosamente decorado como el resto de la casa principal de nuestra manada.

La vieja mansión de habitaciones inmensas y vacías está decorada al estilo inglés, llena de papeles pintados y pesados muebles de caoba y ébano.

Fue construida por mis antepasados cientos de años atrás y, a pesar de que solo damos uso a un ala de la misma (y ni siquiera a un ala entera, dado que no somos tantos como para llenar las veinte habitaciones de esta parte de la casa), la conservamos prístina y en buenas condiciones.

No nos falta dinero para ello.

Harold, mi viejo mayordomo y un Cambiante de Zorro Blanco cuyo Clan ha servido al mío durante generaciones incontables, deposita una bandeja cargada con té y pastas al mismo tiempo que mi hermano se deja caer sobre uno de los sillones orejeros que hay situados frente a la chimenea, cuyo fuego llena la estancia con su luz anaranjada.

—Lo digo en serio. —Dice Aros sirviéndose una taza de té de camomila. Su favorito.

Sus inmensas manos empuñan la delicada porcelana que mi bisabuela mandó encargar como regalo de bodas para mi madre, pero Aros tiene experiencia en controlar su considerable fuerza de Oso Polar para no romper cosas delicadas.

Su diminuta y dulce mujer Emparejada es prueba de ello.

Gloria apenas le llega a mi hermano al estómago, y Aros sería (y es) capaz de levantar su peso con una sola mano a pesar de que, como Osa Cambiada tras haber sido humana, Gloria ha aumentado en fuerza y tamaño estos últimos diez años.

Elevo la vista de mi libro de cuentas y la fijo en mi hermano, cuya mirada está llena de ternura mientras mira a su amada tejer con manos delicadas las intrincadas trenzas ceremoniales de nuestro Clan que hablan de quién y qué es Elektra para nosotros y para el mundo: amada hija primogénita del Segundo Hijo del Clan Polar; adorada por sus padres; reverenciada por sus tías; mimada por su tío y Alfa; bautizada en las aguas del río gélido que nace de los glaciares del norte por sus abuelos y bendecida por el amor de su familia.

Aparto la mirada sintiendo una emoción retorcerse en el pecho que me llena de vergüenza.

Envidia.

Amo a mi hermano y me alegra que haya encontrado a su Compañera y haya logrado formar una familia propia, pero yo todavía anhelo la mía con una intensidad que poco a poco me está volviendo loco.

Es raro para un Polar el volverse Feral, pero yo ya he sobrepasado los cuarenta sin que haya rastro de mi Predestinada.

Llevo una vida entera anhelando poder tenerla junto a mí y escuchar las risas de nuestros hijos llenando de calidez nuestro hogar y dándole un nuevo significado a mi vida.

Como es costumbre, he estado esperándola.

Sé que ella, como todos los otros Predestinados de mi familia, soñará continuamente con las tierras de mi Clan. Con sus tormentas heladas y bosques de coníferas.

Con esta casa.

Conmigo.

Sueños que la incitarán a venir hasta a mí.

Pero ella está tardando demasiado y yo me vuelvo cada vez más impaciente. Cada vez más solitario.

Quizá es por ello que mi familia ha cogido la costumbre de pasar el día junto a mí en el despacho cuando me encierro aquí a trabajar en la administración de nuestras tierras y negocios.

Los Polares cuidamos de los nuestros en silencio, pero actuando con el corazón en la mano y el interés por el bienestar de nuestros seres amados en la mente.

Abro la boca para inquirir más sobre la información que Aros ha traído consigo, sin duda tras haber estado navegando por ese infernal «Internet» del que todo el mundo habla y en el que yo no

tengo mucho interés.

Prefiero mis libros a la tecnología y pasar horas en mi biblioteca que hacerlo sentado frente a un ordenador o con la vista clavada en la pantalla de un móvil.

Pero nunca llego a preguntar.

—¿Mi señor Keodron? —Harold está parado en la puerta.

Ello no es extraño.

Lo extraño es que parece nervioso, si es que el ligero mohín de sus labios surcados de arrugas no es una ilusión.

Y le conozco demasiado bien como para deducir su estado de ánimo por gestos tan ligeros y apenas perceptibles como ese.

Ello me hace fruncir el ceño y dejar mi pluma sobre el escritorio, prestándole toda mi atención a mi viejo amigo y mayordomo.

—¿Qué sucede? —Inquiero juntando las manos sobre la superficie de caoba.

—Me temo que traigo malas noticias, Señor. —Dice el Zorro acercándose a mi escritorio y bajando la voz, seguramente para que Elektra no lo escuche.

Asiento y me levanto, saliendo del despacho para hablar en privado, ya que sé que es eso lo que mi mayordomo quiere de mí.

Aros, siempre curioso desde que era un oseño, sigue mis pasos y cierra la puerta de mi oficina tras de sí.

Harold carraspea y yergue los hombros, y sé que deben ser realmente pésimas noticias por su lenguaje no verbal.

—Habla. —Ordeno con calma.

—El joven Pritchett, que ya sabéis que ha empezado esta semana su prueba como jardinero en los invernaderos de la Señora Norma Jean, acaba de notificarme sobre un...hallazgo inesperado.

Espero con paciencia. Harold es un buen hombre, pero de vez en cuando tiende al dramatismo.

Quizá se trate solo de que un Feral de Zorro Blanco ha vuelto a intentar robar una de nuestras gallinas. Suele suceder con frecuencia y les dejamos normalmente salirse con la suya, ya que técnicamente son familia aunque no sean Clan al estar emparentados con Harold y su manada.

Pero mi instinto me dice que esta vez no se trata de algo tan simple.

Mi hermano, que es más impaciente que yo, se cruza de brazos y suelta un gruñido indicándole a Harold que prosiga.

—Lamento decir que ha aparecido un cadáver entre las rosas, mis Señores.

Se hace el silencio.

—Tío Harold, como sea otra de esas ardillas...

Harold interrumpe a mi hermano con una mirada de lo más ácida e irritada.

El mayordomo, aunque insista en mantener la etiqueta la mayor parte del tiempo, es más parte

de la familia que otra cosa, y mi padre, que creció junto a él, lo tiene en alta estima y lo quiere como a un hermano.

—Me temo que no, mi Señor Aros. —Hace énfasis en el título de mi hermano. Aunque permite que lo llamemos tío, no suele hacerlo mientras trabaja. Algo que a mi hermano le ha exasperado desde niño. —Se trata, me temo, de un cadáver humano.

Se hace el silencio de nuevo.

—Imposible.

Harold ignora a Aros con la facilidad de alguien que tiene años de experiencia en ello, sin ni siquiera detenerse a considerar su escepticismo.

—Un varón humano. —Añade tras una pausa dramática. —De unos treinta años, mis Señores. Yo diría que muerto hace unas horas. Quizá esta noche. Aunque no es que sea experto en ello, por supuesto.

Cierro los ojos y me froto el puente de la nariz para intentar evitar el dolor de cabeza que sé que voy a tener en breve.

—Harold.

—¿Sí, mi Señor Keodron?

—No llames todavía a la policía.

—Por supuesto, mi Señor. Ni se me ocurriría.

—Dile a los sirvientes que los interrogaré en breve y manda llamar a todo el Clan Polar, quiero llegar al fondo de esto antes de tener que involucrar a las autoridades.

—Eso mismo haré, mi Señor Keodron. De inmediato.

Harold desaparece por uno de los pasillos de la mansión, seguramente a buscar a mis padres y a mi hermana y su Compañera, y yo me giro hacia Aros.

—¿Algo que ver en esto?

Mi hermano no es dado a arrebatos de furia, y ciertamente no va por ahí matando humanos (o Cambiantes). Controla su ira mejor de lo que lo hago yo.

—Ni idea. —dice con honestidad. —¿Le echamos un vistazo? Quizá alguien lo haya reconocido. Esto es... inesperado.

Eso es quedarse corto, pienso mientras camino hacia el invernadero de las rosas deseando que mi madre no haya encontrado todavía el cuerpo y que éste no haya «desaparecido» a saber dónde antes de que pueda averiguar qué demonios está pasando.

Un cadáver humano no es algo que encontremos todos los días.

No desde los tiempos en los que los auto-denominados cazadores humanos se internaban en nuestro territorio de manera ilegal y sin nuestro consentimiento poniendo en peligro la vida de mi Clan y atacando Cambiantes y Ferales por el mero hecho de ser de una especie diferente.

O desde la época en la que a mi hermana Leandra le dio por cazar depredadores sexuales y, en

especial, pedófilos, y los enterraba en el maldito bosque en tumbas tan cercanas a la superficie que los animales escarbaban fácilmente hasta dar con los cuerpos y el bosque se llenaba de los huesos de esos malditos humanos.

No. Mi familia no es dada al asesinato.

Al menos no sin sentido ni provocación.

Y algo me dice que hay gato encerrado en esto.

Y que esta vez Leandra no tiene la culpa de ello.



Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, entre otros, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Nació en Valencia, España, en 1988, y se graduó en la carrera de Pedagogía en la Universitat de València hace unos años.

En la actualidad, combina su trabajo como cuidadora de persona dependiente con la escritura, y espera poder vivir de sus libros algún día y dedicarse plenamente a ello.

Otros libros que ha publicado son:

Paranormales y eróticos

Bajo el pseudónimo **T. N. Hawke**

- *LOBA (Saga Vengadoras I)*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I*
- *SEIZE THE NIGHT (versión en Inglés)*
- *Reclamada por su Alfa (Los Lobos de Green Valley nº1)*
- *Seducida por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº2)*
- *Venerada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº3)*
- *Amada por sus Lobos (Los Lobos de Green Valley nº 4)*
- *Adorada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 5)*
- *Reverenciada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 6)*
- *Deseada por su Lobo (Los Lobos de Green Valley nº 7)*

Novela romántica contemporánea

Bajo el nombre **Marta Guinart**

- *El renacer de Olivia Carter*

Descubre más de esta autora en Amazon.

amazon.com/author/tnhawke

amazon.com/author/martaguinart

O dale a "seguir" en Amazon a su perfil para enterarte de las últimas novedades.

Encuétrala en Instagram

@tnhawke

@deco_hogar_esp □Aquí está más activa.

Lee más sobre los hermanos Wolf y otros libros de la autora en Amazon y en Amazon Kindle Unlimited.

¡Gracias por leer!

